

LECTURAS

para 4° grado

MOSAICO ELOGIADO POR MAESTROS, DIRECTORES, INSPECTORES
Y HASTA MIEMBROS DE CONSEJOS DE EDUCACIÓN

POR

L. BEAUDOIN

MAESTRO EN ESCUELA PRIMARIA NACIONAL DE COMINES (FRANCIA)
EN 1886; ACTUALMENTE PROFESOR EN EL COLEGIO
NACIONAL Y EN LA ESCUELA SUPERIOR DE
COMERCIO DE LA NACIÓN EN
BUENOS AIRES



BUENOS AIRES

TALLERES GRÁFICOS ARGENTINOS L. J. ROSSO — SARMIENTO 779

1929

LL
1929
BEA

Precio \$ 1.20 m/n.

Biblioteca Nacional de Maestros



00080673

LECTURAS
para 4.º grado

30.631

autor

LECTURAS

para 4^o. grado

MOSAICO ELOGIADO POR MAESTROS, DIRECTORES, INSPECTORES
Y HASTA MIEMBROS DE CONSEJOS DE EDUCACIÓN

POR

L. BEAUDOIN

MAESTRO EN ESCUELA PRIMARIA NACIONAL DE COMINES (FRANCIA)
EN 1886; ACTUALMENTE PROFESOR EN EL COLEGIO
NACIONAL Y EN LA ESCUELA SUPERIOR DE
COMERCIO DE LA NACIÓN EN
BUENOS AIRES



129 X 249

BUENOS AIRES

TALLERES GRÁFICOS ARGENTINOS L. J. ROSSO — SARMIENTO 779

1929



*Es propiedad. Queda hecho
el depósito que marca la ley*

AUSENCIA DE LAMINAS

Los grabados o láminas en un libro tienen un fin educativo y estético.

Pero si se quieren utilizar para que los niños hablen sobre lo que representan, los describan, es indudable que el resultado que se obtendrá será superior, exponiendo láminas de gran tamaño al frente de la clase. (1) El Maestro indicará y señalará los elementos principales y por medio de preguntas orientará al alumno, para que las respuestas de éste sean frases completas, claras y concisas, llenando así el fin educativo e instructivo que se propone.

(1) Hay colecciones variadas y a precios muy económicos.

A LOS MAESTROS ARGENTINOS

La «composición» es un trabajo arduo y bastante ingrato; su preparación cuesta mucho y muy a menudo no se obtiene resultados satisfactorios porque los niños tienen tendencia a repetir los conceptos de memoria.

Exponemos ante su vista alguna lámina para que describan lo que representa, pero casi nunca alcanzan por sí solos a realizar un trabajo regular o aceptable; hay que ayudarlos, formulando preguntas cuyas contestaciones constituyen la composición.

La mayor parte de las presentes lecturas podrán concurrir al mismo fin, el más importante de nuestra misión. Después de haber leído lentamente y varias veces alguna de ellas, señalada por el Maestro, el niño retiene en su memoria las ideas expuestas; luego deberá expresarlas a su manera en su lenguaje propio.

PROLOGO.—

. La necesidad de acción es absoluta en los niños y se manifiesta con una fuerza casi ilimitada que los incita constantemente. Eso constatado, los encargados de preocuparse del progreso de la humanidad, deben inquirir los medios de aprovechar esa disposición tan resaltante.

Si nos fijamos cuando los niños están entusiasmados en cualquier juego, el rescate, por ejemplo: aunque numerosos, se cruzan en todas direcciones sin detenerse a pensar a quien o contra quien van, ni lo que deben hacer en cada ocurrencia; todas sus facultades, memoria, atención, juicio, se ejercitan en mantener la actividad, la energía, la velocidad requeridas para conseguir el

objeto del juego; es la «necesidad de acción» tendiente a un fin. Y por consiguiente, las lecturas para cualquier grado deben ser elegidas, seleccionadas, variadas y arregladas de modo, que alcancen a satisfacer esa necesidad de acción: el placer será el móvil, y el progreso el fin.

LA VUELTA A LA ESCUELA.—

El primer día de vuelta a la Escuela, a principios del mes de marzo, los Maestros suelen invariablemente pedir el desarrollo del tema: «Escriban sus impresiones del día».

A la salida hablé con algunos camaradas con el fin de ilustrarme al respecto y munirme de materiales para esa composición.

Me dirigí a uno que sobresalía el año pasado. «¡Oh! dijo, ese trabajo lo tengo hecho en el libro «Corazón» y lo voy a copiar.—Si lo tienes, dinos algo.—«Pasaron como un sueño esos tres meses de vacaciones consumidos en el campo. Mi madre me condujo esta mañana a la sección Baretí para inscribirme en la cuenta elemental.—¿Y vas a escribir

todo eso que no es exacto? Vives en la ciudad; no has salido al campo; no te llevó tu mamita porque ya estabas inscripto desde el 23 de febrero y no en Baretí. — Recordaba el campo e iba de mala gana. — ¡Calla! Después de una semana pasada en el campo, uno está tan aburrido que tiene prisa de escapar; y, por otra parte, como nosotros, parecías volver a la Escuela con gran placer. Yo, que vivo en Banfield, en una casa muy grande y cómoda, con quinta, jardines, huerta y «garage»; yo, que salgo casi todos los días en auto con Papá, Mamita, Tía y mis hermanos, he vuelto a mi escuela muy contento. ¿Y por qué? Eso, no lo sé decir; no lo puedo explicar. ¿Hay algo más?—Todas las calles que desembocan cerca de la escuela hormigueaban de chiquillos: las dos librerías próximas estaban llenas de padres y madres que compraban carteras, cuadernos, cartillas, plumas, lápices; en la puerta misma se agrupaban tanta gente que el bedel — lo llama-

mos portero — auxiliado por agentes de policía, tuvo necesidad de poner orden.—¡Eh la! no es cierto: somos bastante más civilizados.—Al primer toque de campana el silencio más completo ha reinado y el orden más perfecto se ha establecido.—¿Y después?—Al llegar a la puerta sentí un golpecito en el hombro; volví la cara: era mi antiguo maestro de tercer grado, alegre, simpático, con su pelo rubio, rizado y encrespado, que me dijo: «Con que, Enrique, nos separamos para siempre». Demasiado lo sabía ya; y, sin embargo, aquellas palabras me hicieron daño. Entramos, por fin, a empellones. — Francamente ¿vas a poder copiar eso? Aquí no pasan así las cosas ¿no es verdad? — Señoras, caballeros, mujeres del pueblo, obreros, oficiales, abuelas, criadas, todos con niños de la mano y cargados con los libros y objetos de que antes hablé, llenaban vestíbulos y escalera, produciendo un rumor...—¡Alto, alto, basta, basta, che! ¿Hay algo más todavía? — Si —

Bueno, gracias; hay que cerrar tu libro «Corazón»; no vayamos ninguno a copiar semejantes disparates. Por mi parte, he vuelto a la Escuela muy alegre; me he encontrado con compañeros y amigos que yo quería y con otros que me han parecido más amables que en el año pasado.

Todos los Maestros y Maestras nos miraban complacidos como si hubieran vuelto a contemplar a algunos miembros de sus familias, y confieso que mi impresión no ha podido ser mejor.

Estoy resuelto a observar una buena conducta, escribir bien, prestar atención y aplicarme para que me resulte un año fructuoso, y también porque mi nuevo Maestro es hombre que me ha gustado desde esas sus primeras palabras: «No quiero castigar a nadie; todos vosotros seréis mis hijos; todos en esta clase constituiremos una familia; pasaremos un año excelente; estaremos contentos co-

mo también vuestros padres y yo quedaré satisfecho».

Espero que así será.

Jorge

Escuela B. Irigoyen, B. Aires.

DESCRIPCION: NUESTRA ESCUELA

La Patria no escatima sacrificios para cultivar nuestro espíritu y el edificio de frente más elegante en el barrio es, sin disputa, nuestra escuela.

Se compone de un cuerpo de edificación central; una entrada a la derecha para niñas y otra a la izquierda para varones, dan acceso a una especie de patio dividido en dos por una pared de tres metros de alto. Siguen las salas o aulas para las clases. Arriba, en el piso alto, hay salones más grandes para dibujo y música. En el piso bajo, a la entrada, está la Dirección y el museo.

Al penetrar en nuestra escuela, llama la atención a cualquiera, la inteligente disposición de todo y la rigurosa hi-

giene que se manifiesta hasta en el último detalle.

En cada aula se encuentra un armario, un escritorio para el maestro, bancos y pupitres cómodos para los alumnos; la luz y la ventilación han sido estudiadas y realizadas del mejor modo por la ubicación acertada de las aberturas. Un pizarrón se halla fijado a una pared. Cuando una lección da lugar a ello se exponen mapas, cuadros para ilustrar mejor y fijar lo que se trata de enseñarnos.

Existe también una biblioteca compuesta de libros muy interesantes, cuyo número aumenta constantemente.

Nuestros maestros nos quieren, se interesan por cada uno de nosotros, y eso es tan cierto que a los pocos días de frecuentar los cursos, acudimos con placer, pudiendo repetir con verdad: «Con entusiasmo voy a la escuela»...

Claro que si algunos niños no quieren atender o aplicarse, el maestro no los

puede felicitar; pero esto sucede raras veces.

Cuando ha transcurrido una semana de vacaciones, extrañamos nuestra escuela, a nuestros queridos maestros y a nuestros condiscípulos; nos damos cuenta de que los queremos más de lo que podíamos creer; nos llaman; parecen formar parte de nuestro ser, nos atraen, y si, por casualidad, pasamos cerca, nos desviamos para pasar frente, nos late fuertemente el corazón. El por qué nos ocurre es cosa curiosa y difícil de explicar.

UN NIÑO AFORTUNADO.—

El rico doctor A. se había dirigido al director de una escuela para que le indicase el alumno de sexto grado mejor clasificado en aplicación, higiene, buena conducta, educación y amabilidad con sus compañeros.

Luis N. reunió los sufragios del maestro, del director y de sus condiscípulos.

Y apenas terminaron las clases con la obtención del certificado de sexto grado, entró al servicio de don A., con gran satisfacción de sus padres, gentes muy trabajadoras y pobres.

Habiéndose granjeado rápidamente la confianza de su patrón, Luis llegó a desempeñar el puesto de portero, encargado de recibir la clientela.

Un día sonó el timbre sin que Luis se moviera de su asiento. Después de algunos instantes, sonó de nuevo el timbre sin que acudiera el joven. Extrañado, el doctor A. abre la puerta y ve a Luis con un papel escrito al lado. El aprecio y la afección del doctor A. eran tan grandes que quiso cerciorarse de lo que ocurría; miró el papel: era una carta de la madre de Luis en que le agradecía el envío de dinero y pedía a Dios que lo recompensara por su gran generosidad, dándole salud, y felicidad.

Conmovido, el doctor puso un billete amarillo junto a la carta. Vuelto a su despacho, hizo sonar el timbre con más

fuerza y duración. Luis entonces despertó, tomó los dos papeles y se presentó con semblante pálido. «¿Estabas dormido; o, acaso te hallas enfermo?» — Disculpe Señor, de que me haya dormido; pero otra cosa más grave aún me sucede; ¡vea, Señor, este dinero que algún mal intencionado ha colocado en esa carta de mi mamá!» y llorando entregó ambas cosas al doctor. «¿Acaso no has leído que la fortuna nos llega cuando estamos durmiendo? — ¡Ah doctor! sí, pero esos son cuentos que no se deberían leer, lo mismo que otras estupideces de hadas, hechiceras, brujas, impropias de gentes ilustradas y útiles solamente para fomentar la haraganería y el vicio. — Bueno, bueno, yo respondo de todo esto; guarda estos cien pesos; en adelante te aumentaré el sueldo, para que sigas enviando a tus padres lo que has acostumbrado, y deposites el sobrante en la Caja de Ahorro Postal o en el Banco Hipotecario Nacional. Sé siempre

virtuoso y Dios ratificará las bendiciones de tus padres».

500 TESTIGOS.—

Cierto día un rico le entabló pleito a un pobre a causa de una propiedad que éste poseía y que el rico codiciaba.

El pobre presentó sus títulos al juez; el rico se había adelantado y le había obsequiado con una cartera que contenía quinientos pesos.

Llegado el día del juicio procesorio, el rico entró muy alegre, llevando falsos testigos y creyendo muy seguro ganar el pleito, pues, sabía que la parte contraria traía como alegato solamente las escrituras.

Después de las preguntas de estilo, y escuchado los testigos, el juez se levantó y dijo: «Este señor no ha traído testigos; pero en su favor tiene quinientos, que son los quinientos pesos con que Vd. me obsequió para que yo fallara el pleito en su favor. Su procedimiento debe abo-

chornarlo y nunca más trate de sobornar a un juez».

Avergonzado, el rico retiróse y no volvió a molestar a su vecino.

NO VALE LA PENA AGACHARSE.—

En la provincia de Mendoza un labriego iba a la ciudad más próxima con un hijo suyo de unos once años.

«Mira, Julio ¿no ves esa herradura? álzala y consérvala. — Papá, si nada vale ¿para qué quieres que yo me cargue con ese peso inútil?».

El padre, sin proferir palabra alguna, la alzó.

Al llegar a la primera localidad, la vendió a un herrero, recibiendo quince centavos en pago. Con ese dinero pudo comprar unas cuantas cerezas.

La ciudad no estaba a la vista todavía; el calor se hacía sentir y la sed del niño se hacía cada vez más implacable, tanto que a duras penas podía seguir a su padre. Entonces éste dejó caer una

cereza que Julio alzó inmediatamente y saboreó con avidez.

Cayeron casi todas, una después de otra, como por distracción, obteniendo igual éxito.

Cuando Julio hubo comido todas las cerezas, su padre le dijo: «Si tú te hubieras querido molestar una sola vez para recoger la herradura, no hubieras tenido que agacharte tantas veces para levantar las cerezas, las cuales habrías podido comer más cómodamente. Acuérdate, hijo, que nada se debe despreciar».

ENGAÑADOR ENGAÑADO.—

A la esposa del emperador Galiano, un joyero de Roma había vendido por piedras preciosas de primera agua, algunas que no lo eran.

Cuando uno de los peritos consultados hubo afirmado que todas no eran de la clase fina, la emperatriz se encolerizó y exigió que el emperador castigara severamente al engañador.

En consecuencia, fué dada la orden de arrestar al vendedor, conducirlo al circo y entregarlo allí a las fieras.

En aquellos tiempos, constituía una gran diversión para el pueblo de Roma el concurrir al Coliseo para gozar del sanguinario espectáculo de hombres que luchaban entre sí hasta que uno quedara tendido para no levantarse más: eran los combates entre los gladiadores.

Pero, todavía les agradaba más el contemplar cómo un hombre se defendía para no ser devorado por una fiera en ayunas desde varios días.

Los emperadores tenían poder discrecional en aquellos tiempos en que había más esclavos que hombres libres, y en que aquellos eran considerados como animales de poco valor.

Nuestro joyero en medio del anfiteatro, se hallaba pues más muerto que vivo; y, al oír la señal que indicaba el comienzo de la lucha, cayó desmayado.

¡Cuál no sería la sorpresa del públi-

co ansioso cuando vió salir no un tigre ni un león, sino un manso cordero!

La multitud estalló en risas y protestas; el emperador, volviéndose hacia los espectadores, les dijo: «Ese comerciante es culpable de engaño; y, pese a quien pese, yo también he querido engañarlo».

CINCO CENTAVOS DE ALPISTE.—

El siguiente relato es auténtico.

Dos estudiantes salieron del Colegio Nacional M. antes de terminadas las clases de la mañana, por motivos que no es del caso averiguar.

Pasaba un tranvía al que subieron medio nerviosos; y apenas sentados se pusieron a silbar un aire cualquiera; luego, animándose paulatinamente, su silbido fué aumentando de intensidad hasta hacerse insoportable.

Un señor de edad se dió vuelta para dirigirles una mirada que significaba un mudo pero elocuente reproche; ellos se hicieron los desentendidos.

Las miradas de los demás pasajeros se cruzaron como para vituperar la conducta de los dos jóvenes. El mismo señor les dijo entonces: «¿Quieren ustedes cinco centavos para comprar alpiste?».

Los mocetones protestaron entre dientes, pero notaron en todos los circunstantes una risa burlona.

«Parece increíble, dijo uno de los pasajeros, que salgan del Colegio M. y revelen tan poca educación; cada uno de nosotros paga sus diez centavos y pretende ser transportado sin molestia alguna».

No esperaron la primera esquina los aludidos para descender sin proferir una palabra.

ESOPO Y EL INSOLENTÉ.—

El griego Esopo vivía hace unos veinticinco siglos. Su nombre ha llegado hasta nosotros porque su espíritu, su buen sentido, su sabiduría lo han hecho cé-

lebre en su tiempo. Nada envidiable tenía su cuerpo.

He aquí una anécdota que se cuenta de él.

Un día salía de la ciudad, un insolente le tiró una piedra; el filósofo se dirigió hacia ese individuo, entregándole una moneda y dándole las gracias, «feliz de haber atraído la atención de un desconocido».

Apenas Esopo hubo dado unos pasos para seguir su camino cuando una nueva piedra lo alcanzó. «Le agradezco muchísimo su amabilidad, siento mucho no tener más dinero con qué reconocer la distinción de que me hace objeto. Pero por allí viene un señor muy rico y poderoso y no dudo de que si una pedrada suya lo alcanza, le resultará muy provechosa».

El malevo siguió el consejo de Esopo, pero en recompensa fué duramente castigado.

EL MAL REMENDON BUEN MEDICO

Un zapatero remendón, viendo que no podía vivir de su oficio, resolvió dejarlo, trocando la lezna y el tirapié por el próspero título de médico. Para ejercer su nuevo oficio marchóse a una pequeña aldea.

Pronto adquirió fama: el zapatero socarrón no cobraba las consultas.

Cierto día, un caballero acaudalado lo llamó, solicitando el auxilio de su ciencia. Acudió presto el zapatero-médico y el enfermo lo recibió en cama, rodeado de otros muchos clientes. «Doctor, lo he llamado, le dijo, porque, desconfiando de esta bebida que me han recetado, quiero que Vd., tan reputado en esta localidad, la beba y la pruebe».

Nuestro zapatero empezó a temblar. Comprendió que había sido delatado, tuvo miedo y no quiso beber aquello que él suponía veneno. «¿Por qué temes beber este remedio, cuando un gran mé-

dico, amigo mío, me lo acaba de recetar?».».

Ante el riesgo que corría, el zapatero remendón confesó que no era médico, y que su fama se debía a la credulidad y avaricia del pueblo.

Indignado el caballero por aquella confesión, dirigióse a los clientes que le rodeaban y les dijo: «¿Cómo se atreven Vds. a poner vuestra salud en manos de este mentiroso, si vino aquí huyendo porque nadie quería que lo calzara?».».

Aprovechando la confusión, el zapatero puso pies en polvorosa*, quedando los circunstantes avergonzados de haberse dejado engañar tan inocentemente.

Este cuento no ha perdido su actualidad. Existen todavía muchos curanderos y curanderas que han obtenido fama de la misma manera, aun por medios peores que el relatado. Su ignorancia es a veces tan grande que no se concibe

* También se dice: tomó las de Villa Diegos; solemos decir; se hizo humo.

cómo encuentran quien les confíe su salud. Lo de no cobrar es una simple engañifa, pues el yuyo o mejunje que entregan hay que pagarlo; y, en resumidas cuentas, debemos pensar que nuestra salud es el bien mayor a que podemos aspirar, y por consiguiente, para conservarla o recuperarla, debemos consultar al hombre que después de haber estudiado largos años bajo la dirección de los sabios, ha conseguido un título que lo habilita para atender nuestros males.

UN NIÑO TERRIBLE.—

Rómulo es un niño travieso que se ha acostumbrado a desobedecer, no obstante verse castigado con frecuencia.

Ve una linda cajita sobre la mesa de luz: son píldoras cuyo aspecto tentador le hace creer que son bombones deliciosos. Se come una y luego otra. No tarda en producirse el efecto: se siente

atormentado de cólicos que le obligan a revelar su falta.

Con fósforos, no hay travesura que no haya cometido.

El ver fumar le da deseos locos de hacer otro tanto. Un día le cae a mano un cigarro ;qué felicidad! al fin tenía el objeto codiciado. Fumó un poquito solamente; pronto sintió el corazón perturbado: todo daba vueltas en derredor suyo; estaba enfermo y su aspecto era feísimo. Consiguieron que vomitara y así fué desapareciendo la palidez de su cara que excitaba la burla de los amigos.

Otro día había podido proveerse de unas monedas: estaba pues en condiciones de sentarse en la vereda de una confitería. Lo hizo y pidió un refresco inglés. El mozo se hizo repetir el pedido y le sirvió un whisky. Al levantarse, Rómulo no podía caminar derecho; la vereda era muy angosta y él vociferaba como un loco. Un vigilante lo llevó a descansar a la comisaría; su padre fué

a sacarlo, pero antes le administró un buen castigo.

Todos los maestros recomiendan como Sarmiento, la compasión con los animales. Pero nuestro chico es tan travieso que no puede pasar cerca de un perro sin propinarle un puntapié; se asegura que muchos niños suelen tener esta misma peligrosa costumbre. Un día Rómulo aplicó el golpe con tanta fuerza que el perro, a pesar de ser muy manso, se sintió tan dolorido que se precipitó sobre él y lo mordió con todas sus ganas. El niño rengueó durante algunos días, siendo el blanco de las burlas de los compañeros.

Esa manía de no poder dejar quieto a ningún ser viviente, era como una enfermedad que parecía incurable.

Hasta que un día, al ver un asno que pacía muy tranquilamente, se acercó, lo tiró de la cola y el juego le gustó. El pobre animal se dejaba sacudir pacientemente. Esa actitud no entraba en el modo de ver de Rómulo; y entonces, co-

mo pretendía hundir un alfiler en la nalga del animal, recibió una coz que le rompió la pierna derecha. Las seis semanas que tuvo que estar en cama y los sufrimientos que debió soportar, unidos a las risas de todos, consiguieron que se corrigiera, haciéndose más obediente y juicioso.

EL ASTROLOGO QUE ACIERTA.—

Luis XI, rey de Francia en el siglo XV cuya juventud transcurrió en condiciones anormales, era supersticioso y amigo de escuchar a charlatanes y adivinos.

Un día le presentaron uno que, para impresionarlo, le anunció que una dama, a quien el rey profesaba gran estima, debía morir a los ocho días.

Cumplido el vaticinio en el plazo señalado, el rey, ensimismado, mandó que le trajesen inmediatamente el adivino.

Los cortesanos tenían orden de arro-

jarlo por la ventana a una señal de Luis XI, convenida de antemano.

El astrólogo, inmutado, se presentó ante el rey. «Tú, que pretendes conocer el porvenir, puedes decirme ¿cuánto tiempo has de vivir? — Majestad, yo sé, de cierto, que he de morir tres días antes que mi rey».

Luis no hizo la señal convenida, temiendo que se realizara la predicción del adivino.

CRITICA INFUNDADA.—

Un ignorante, llamado Farón, se creía muy inteligente y perspicaz.

Trabajaba como albañil en una estancia. Una tarde, después de almorzar, se tendió sobre la hierba, como de costumbre, para dormir la siesta debajo de un cerezo muy alto y corpulento, cuando su vista se fijó en unas plantas de calabaza (que aquí llamamos zapallo), situadas a muy corta distancia, cuyos

frutos ofrecían marcado contraste con los del cerezo.

Nuestro hombre se puso a reflexionar: «¿Por qué aquella planta tan pequeña y débil ha de llevar frutos tan grandes y pesados, mientras ese cerezo fuerte, alto y robusto los lleva tan pequeñitos?... Me parece que ha habido equivocación; yo hubiese hecho llevar calabazas al cerezo».

Satisfecho de su agudeza, Farón se deleitaba en sus reflexiones, cuando una cereza vino a caer sobre su rostro. «¡Oh, oh!, exclamó, qué habría ocurrido si hubiese sido una calabaza!».

UN PRIMO DE FARÓN.—

Policarpo, primo de Farón, sale muy temprano para ir a la ciudad próxima.

Montado en su mejor caballo y provisto de una cartera bien repleta, marcha para realizar algunas operaciones.

Al poco andar, comenzó a llover. «¡Qué mala suerte, exclamó; bien pudo

esta maldita lluvia haber esperado la noche y no molestarme a mí y a toda la comarca!». Pero la lluvia seguía, y los caminos se inundaban, aumentando el mal humor y las protestas de Policarpo.

Cesó por fin aquel diluvio, cuando el viajero llegaba a un bosque situado cerca del camino.

De repente aparecieron dos hombres que le ordenaron se entregara; pero, en vez de acatar la orden, espoleó a su caballo y salió a galope tendido.

Frustrados los propósitos de los ladrones, le hicieron fuego; mas fué en vano. La copiosísima lluvia de que tanto se había quejado y lamentado el jinete, había humedecido la pólvora, librándole así de una muerte segura.

POETA Y PASTELERO.—

Un poeta muy amante de las golosinas, había publicado algunos ensayos sobre los confites, encabezándolos con

el nombre del principal confitero-pastelero del lugar.

Este, para mostrarse agradecido a lo que consideraba una eficaz propaganda, creyó que debía corresponder enviándole una serie de sus mejores productos que corroborase la buena opinión del poeta.

Interiormente, sirviendo de envoltura a la bandeja que contenía el obsequio, aparecían hojas del libro que lo motivaba.

Reproches muy agrios recibió el pastelero por su presente: «¡Qué hombre raro es Vd., qué manera tan singular de corresponder a una demostración de aprecio! — ¡Cómo, raro, demostración de aprecio? — Claro, Vd. envuelve sus pasteles con mis versos que debía haber conservado para leerlos y estudiarlos. — Perdone, ilustre y distinguido caballero: me imaginé que habiendo Vd. compuesto sus poesías sobre mis obras artísticas, yo debía también, por mi parte colocar los mejores frutos de mi talento sobre sus excelentes versos».

PREDECESOR DE DON DOMINGO.—

La ingratitud entre los atenienses era cosa muy rara; y los jueces casi nunca tenían que actuar para imponer castigos al respecto.

Uno de ellos había colocado a la puerta una campanilla para que los interesados pudieran llamarlo; y mientras tanto se dedicaba tranquilamente a sus quehaceres particulares.

El descanso de la campanilla fué de tan larga duración que las hierbas pudieron crecer a su lado y alcanzar a ocultarla.

Con todo, un día fué sacudida de una manera violenta, dando un sonido extraño. El juez acudió y sorprendió a un caballo flaco, viejo, con ojos apagados, cabeza caída, pelo erizado y crines descuidadas. Ese pobre animal, comía tristemente la hierba que recubría el cordón de la campanilla.

El juez interrogó a los vecinos y se

enteró de que el dueño del caballo lo había abandonado por no serle ya de ninguna utilidad. «¡Ah, sí!, este asunto es de mi incumbencia; no toleraré que un servidor viejo que ha gastado todas las energías de su vida en beneficio de su amo, pueda impunemente ser echado a la calle, sin contar con que la ley no permite que un animal vaya suelto por la vía pública».

Hizo citar al dueño ingrato; y después de propinarle una lección de moral, lo condenó a desembolsar periódicamente cierta cantidad de dinero para subvenir al sustento del caballo.

PROFETAS A GRANEL.—

Claudio Gelée nació en Lorena en el año 1600.

Sus camaradas escolares lo relegaban al último puesto en lectura y escritura. El pobre muchacho tenía la «cabeza bastante dura», y, en verdad, la culpa no era de él; el maestro así lo comprendía

y no le dirigía reproches. Pero los compañeros se ensañaban con él, dándole sobrenombres afrentosos, el más suave de los cuales era «el asno». Claudio tuvo que dejar de concurrir a la escuela; pero continuaba siendo paciente, tranquilo, pensativo.

Un poco más tarde quiso frecuentar una escuela superior. Sus inclinaciones lo llevaban a observar la naturaleza. Al poco tiempo se destacó y se dedicó a la pintura de paisajes; sus progresos fueron tan rápidos que pronto el mundo entero conocía a Claudio Gelée, a Claudio el Lorenés, con el sobrenombre de «El Rafael paisajista», por el color admirable de sus telas de una verdad impresionante.

En el apogeo de su gloria vivía en Roma en su magnífico palacio.

¿Os parecerá que llegado a la cumbre de la fortuna y los honores, aquel hombre se sentía feliz? No. Tenía siempre presente su país natal, y su único deseo era volverlo a ver, contemplar to-

dos aquellos rincones pintorescos que lo habían inspirado. Hasta, que, dejando sus pinceles y su palacio, escapó secretamente para emprender el viaje largo y penoso en aquellos tiempos, desde Roma a Epinal (Sur de Nancy).

Su alegría fué inmensa al tornar a su aldea, al volver a contemplar su casa, su escuela, tener la satisfacción de abrazar al viejo maestro que le había enseñado las primeras letras y saborear el placer de conversar con los antiguos discípulos.

Si alguno de vosotros tiene algún día que alejarse del lugar en que pasó su infancia y su primera juventud, experimentará que el país natal, la aldea, la «querencia», es la patria, la felicidad.

EL LENGUAJE DE LOS ANIMALES.—

Observad una gallina que lleva sus polluelos. «Cot, cot, cot», dice; y todos acuden a su lado, han comprendido que algo bueno ha encontrado para ellos: to-

dos los piquitos van tendidos para aprovechar. Un nuevo «cot, cot», les aconseja de tener paciencia; pronto los llama para que no se alejen. Si algún pajaraco, perro, barrilete, avión está en vista, un cot, cot, cot, agudo y precipitado los advierte de un peligro inminente y ellos obedecen presurosos, entrando a refugiarse bajo sus alas: han comprendido la voz de alarma, el lenguaje de la gallina.

Los gallos cantan de noche y los compañeros de gallineros vecinos contestan como para decir que no hay ningún peligro a la vista.

El perro es muy notable en sus modos de ladrar. ¡Con qué alegría manifestada en lenguaje y gestos saluda a su amo. ¡Qué diferencia de actitud y gritos cuando anuncia algún ser extraño, animal o persona! ¡Cómo ladra de noche cuando montando la guardia se acerca algún individuo! Si es de caza, sabe exteriorizar lo que sucede y avisar al cazador. Si es ovejero, da de entender

cualquier mala intención de una oveja. Su arte existe en su voz y sus gestos adecuados a las funciones que desempeña.

Ciertos animales que viven en agrupaciones no se descuidan: tienen sus centinelas que informan de cualquier novedad que pueda ocurrir; así las llamas, los marmotas, las gamuzas, tienen su palabra de orden que todos entienden perfectamente.

Los pájaros que emigran, como las golondrinas, suelen emprender largos viajes en bandadas considerables. Ellos, en su lenguaje, naturalmente, pueden entenderse. Los más viejos van por todas partes avisando con sus gritos especiales que ha llegado el momento de prepararse para ir a otro clima.

En cuanto a los animales que llamamos «superiores»: caballo, vaca, oveja, cabra, gato, etc., sabemos lo que quieren cuando hablan su lenguaje; hasta las focas saben saludar a quien las cuida,

agradecer sus atenciones. Todos manifiestan ciertos sentimientos: dolor, miedo, etc., llaman a su prole, etc.

SED COMPASIVOS.—

El hombre es el soberano incontestable de la tierra; tiene el derecho de servirse de los animales y de destruir a aquellos que le causan perjuicios. Pero le está vedado herirlos, golpearlos con crueldad, hacerlos sufrir, bajo pena de rebajarse y ser malo.

Evitemos los espectáculos en que se tortura a los animales en combates dolorosos que habitúan al corazón a mirar con sequedad e indiferencia las penas ajenas. Vituperamos, reprobamos, y con mucha razón, a los Romanos que habían llegado a cifrar su mayor delicia en los espectáculos del circo: luchas de hombres con fieras hambrientas.

El caballo, el buey, la vaca, el asno, la oveja, el cerdo, la cabra, la gallina, el perro, nos son de una utilidad tan

grande que se los designa con el nombre de animales domésticos. Hasta de los animales salvajes, utilizamos algunos despojos: la piel del zorro, del tigre, del león, etc., los pelos del tejón, del jabalí, la grasa del oso, etc. Y, si del lobo se desprecia todo, se le puede matar, pero no hacerlo sufrir.

ANIMALES DOMESTICOS.—

Al lado de su casa el hombre cría cierta clase de animales de los que puede sacar algún provecho, por lo que se les llama «domésticos». Salvajes son aquellos que vagan en libertad completa.

Entre los animales domésticos, se cita en primer lugar, y por muchas razones, a la vaca. Y, en efecto, en caso de necesidad, nos ayuda para los pesados trabajos de la agricultura; cuando no la hacemos trabajar nos da su abundante leche, de la que extraemos la deliciosa crema, la preciosa manteca, los variados quesos; llegada a cierta

edad, la engordamos para enviarla al matadero y luego disponer de su carne que constituye uno de nuestros principales alimentos. Su cuero, sus huesos, sus astas y pezuñas, todo lo utiliza la industria.

En segundo lugar, viene la oveja. Cada año la despojamos de su lana con la que se fabrican géneros muy necesarios para la confección de nuestros vestidos, colchones, frazadas, etc. Su carne es preferida a la del buey; transformamos su leche en quesos especiales.

Al más familiar, el perro, nuestro fiel compañero, nuestro guardián valeroso, cuyas ocupaciones y servicios son muy numerosos, dedicaremos una lectura especial.

Si queremos rápidamente salvar distancias, llevar fardos, ejecutar trabajos agrícolas, nos servimos del caballo, asno, mulo, dromedario y también del elefante que se deja domesticar muy fácilmente en Africa.

En esta nomenclatura debe figurar el

gato que destruye lauchas y ratas: es un gran servicio, en verdad; pero no nos ama por más que se le trate con el mayor cariño; siempre está dispuesto a ensayar la eficacia dolorosa de sus garras en nuestra misma carne; infiel, prefiere la casa al amo; goloso y ladrón, nos obliga a una vigilancia perpetua.

Por fin, el cerdo, el conejo, todas las aves de corral, nos suministran carne delicada y productos muy apreciados.

ANIMALES SALVAJES.—

Ya que acabamos de hablar de los animales domésticos, digamos algo de los salvajes.

Viven en absoluta libertad; se radican en los lugares en que puedan encontrar fácilmente su alimentación. Saben disimularse; algunos no pierden ocasión de causarnos daños de toda naturaleza.

El lobo, en algunos países de selvas grandes, merodea para sustraer algún cordero. El zorro manifiesta preferencia

por el gallinero; el jabalí revuelve los campos sembrados. La liebre pulula en nuestros potreros y nos roba una cantidad considerable de pasto, roe la corteza de los árboles haciéndolos secar. La comadreja llega fácilmente a nuestros gallineros. El tejón causa estragos en los maizales y bien puede darnos su grasa y su pelo que nos resultan muy caros. Las hormigas.... ¿quién no las conoce? Hanse visto y se verán casas, jardines, plantas, flores, legumbres, campos invadidos por esas muy laboriosas obreras perfectamente organizadas para el saqueo y la destrucción; lástima grande que con su trabajo constante, inteligente, ordenado, amontonan cantidades inmensas de materias para su alimentación y comodidad, causándonos únicamente daños y perjuicios incalculables.

Por otra parte existe la inofensiva y graciosa ardilla, el murciélago y el erizo que destruyen insectos; también los habitantes del aire viven en libertad y son salvajes, pero no todos dañinos. Dan

animación a todo el vecindario: el pinzón alegra jardines, parques, plazas, y destruye cantidad de insectos; el gorrión, granívoro, nos hace pagar caro el soplo de alegría que trae a los parajes que le son familiares; la voz de otros millares, impagables cantores, deja maravillado el oído menos ejercitado. La enumeración, para ser completa, se deberá alargar con: el elefante, tigre, pantera, oso, girafa, hiena, rinoceronte, jaguar, zebra, kanguro, antílope, hipopótamo, cocodrilo, ciervo, reno, cóndor, águila, buitres, buho, etc.

EL SAPO.—

«Ven pronto, Pablo; mira este horrible sapo»; así decía Juan a un camarada; «vamos a hacerlo fumar y después saltar; nos vamos a divertir».

Armados de palos y piedras iban a empezar su obra de bárbaros, — digo de bárbaros, porque es una crueldad el hacer sufrir a un animal, — cuando so-

brevino el jardinero Felipe. «Ignoran Vds., amigos, que es un animal muy útil; lo han calumniado, le han creado una fama detestable, a pesar de que ninguna acusación puede justificarse; además de ser inofensivo, es un gran destructor de babosas, escarabajos, orugas y larvas de todas clases».

En Inglaterra reconocen su utilidad; en los mercados goza del honor de la cotización, «a tanto la unidad»; en todos los invernáculos se los ve instalados.

Por fin, un ilustre poeta ha juzgado al mísero sapo digno de rehabilitación total: le ha consagrado un centenar de versos.

DESCRIPCION:

LAS CUATRO ESTACIONES.—

En la primavera, los campos reverdecen, los árboles se recubren de hojas y las plantas florecen. El frío es menos intenso. Los pájaros construyen sus

nidos; los colores tan variados de las rosas y los perfumes que exhalan producen en todo nuestro ser una impresión de felicidad.

En verano, el calor se hace más molesto y abrumador, porque siendo más verticales los rayos solares, y la duración de los días más larga, resulta que la tierra recibe un calor más intenso y durante más horas. Las vacaciones se imponen. Las frutas maduran y resultan muy oportunas para refrescar nuestro organismo y purificarlo. Se corta el trigo y los otros cereales; y también el pasto (alfalfa y otras hierbas) de las praderas para secarlo y conservarlo.

El otoño ve disminuir el calor solar, por la razón inversa de lo que acontece en verano. Los agricultores cosechan las mieses y los frutos que se han de conservar. Es también la época de las vendimias. Y para los estudiantes señala la fecha de volver a las aulas.

El invierno trae el frío, el período de mayores sufrimientos para el pobre, por-

que a las privaciones ordinarias se agrega la de no poder preservar su cuerpo de los rigores de la intemperie. La tierra se entristece: los árboles se deshojan, los prados se secan o se tornan áridos; las flores desaparecen y las pocas que quedan no exhalan olor; los pájaros que han venido en la primavera emigran en otoño. Los días se acortan. Hay que abrigarse con camiseta de lana y sobretodo.

HONRADEZ RECONOCIDA.—

La joven Paulina R. trabajaba en una casa de modas y había logrado el aprecio de su patrona. Cuando una fiesta o reunión social se efectuaba, se le confiaba la misión de ir a observar los sombreros, vestidos y atavíos de buen gusto y actualidad.

Hace poco en una residencia lujosa, se había anunciado un baile y publicado la larga lista de los invitados. A la hora indicada no llegaba ninguna per-

sona sin que Paulina se fijara bien en ella, y casi siempre de esa serie de observaciones sacaba provecho para la casa que le daba ocupación.

Mientras estaba detenida, una señora joven y hermosa le cautivó la atención y la atrajo más cerca de la entrada. En seguida, de un lujoso automóvil bajó la invitada que vestía magníficamente; y en un instante fué introducida en la mansión.

Al moverse de este sitio, Paulina vió en el suelo algo muy brillante, lo alzó rápidamente y ocultándolo se precipitó prontamente en el palacio.

Mucha animación reinaba y ya la modista había llegado a la entrada del gran salón de la fiesta, cuando un sirviente con librea, notando a una persona extraña y desconocida que se presentaba sola y con una indumentaria que no le pareció apropiada, empezó a amonestarla y luego la insultó. «No sea tan grosero y descomedido; ese proceder desdice de su traje tan vistoso y de la

alta posición social de sus amos; vea, yo necesito hablar inmediatamente a la señora. — Váyase; fuera de aquí; no es este el momento oportuno para que la señora pueda atenderla; y por otra parte no se puede entrar en esta casa sin previa autorización. — Le repito, dijo Paulina, subiendo la voz, que yo «preciso» decir dos palabras a la señora; si no lo consigo, ello le costará muy caro a usted». — Hubo un movimiento entre el grupo más próximo; y corrieron a avisar a la señora de lo que sucedía.

Después de un saludo amable, respetuoso y distinguido, entregó Paulina a la dama una joya de gran valor, explicando someramente las circunstancias que conocemos.

La señora agradeció y pidió a la modista le dijera su domicilio.

Transcurridos dos días, Paulina recibió la visita de la señora que se enteró de su situación y le agradeció de nuevo su acto de honradez. Inquirió cual era el taller de modas en que trabajaba y

se impuso de que gozaba del aprecio, tanto de sus compañeras como de su patrona por su talento y amabilidad.

Un mes después Paulina ya no era dependiente, sino patrona, y contaba con una clientela numerosa y selecta.

Las grandes damas entraban y conversaban con la dueña como con una antigua amiga; y la prosperidad no tardó en poner a Paulina en condiciones de ayudar más eficazmente a su familia.

LA ATMOSFERA; SUS ESTADOS.—

Nuestra atmósfera, que llamamos aire, es un fluído compuesto de gases que envuelven el globo terrestre en una capa de más de cincuenta kilómetros de espesor. En el reposo no se nota la presencia de la atmósfera, porque nada la revela: no tiene olor, ni sabor, ni color, aunque nos parezca azul, vista en gran espesor. Es muy móvil.

El gas oxígeno del aire es indispensable para la respiración del hombre, de

los animales y para las combustiones. Sirve para una función importantísima de nuestro organismo: la purificación de nuestra sangre en el interior de los pulmones, una verdadera renovación o regeneración de este líquido. Es pues necesario evitar que se pueda corromper en nuestras habitaciones, en nuestras aulas; por consiguiente hay que renovarlo a menudo, abriendo puertas y ventanas.

Respirar aire corrompido es envenenarse; quedarse en una pieza sin renovar su aire, es exponerse a alguna congestión. El brasero necesita del gas oxígeno del aire para alimentarse, y entonces se comprende cuan grande es la ignorancia de ciertas personas que lo llevan a su dormitorio en invierno; desgraciadamente muchas han quedado asfixiadas por haber cometido esa imprudencia.

El aire siempre está en movimiento: es lo que llamamos viento. Ese movimiento es a veces imperceptible; pero otras veces su violencia desarraiga ár-

boles corpulentos, derriba casas, empuja la arena y la amontona en médanos, agita las olas del mar en tal forma que el más valiente se siente amedrentado.

Durante mucho tiempo el viento ha sido la única fuerza natural utilizada por los navegantes. Actualmente hay todavía molinos de viento para moler cereales y sacarles la harina, para extraer aceites, para subir el agua.

Los vientos que tienen una cierta dirección reciben nombres especiales, como el «pampero» tan famoso entre nosotros.

EL BUEN SITIO.—

Un oficial que conducía a sus soldados a través de un desfiladero difícil, los exhortaba a soportar con paciencia ese nuevo sacrificio en aras de la patria, por cuya independencia tantas penurias se habían ya soportado. Un soldado que no podía más caminar y cuyo valor se estaba debilitando, le dijo: «¡Ah

capitán! cómodo y fácil es predicar así, porque Vd. está a caballo y nosotros no podemos más ir adelante. — Vea, amigo, contestó el jefe, lo comprendo perfectamente y por eso les pido esfuerzos sobrehumanos en nombre de la patria; pero, acepte mi caballo, se lo cedo gustoso». Apenas hubo subido el soldado, cuando una bala enviada desde el flanco de la montaña lo alcanzó y lo mató. «Ya lo ven, amigos, un sitio elevado y aparentemente bueno es a veces muy peligroso». El capitán volvió a subir y los soldados, dejando de murmurar, siguieron su camino llenos de admiración por la sangre fría de su jefe.

LA TIERRA

Y EL TRABAJO DEL HOMBRE.—

La tierra mide o parece medir sus dones en proporción de nuestros afanes; no produce sin que alguna mano la fecunde. Apenas se la abandona, los ani-

males útiles se alejan, y los réptiles y animales venenosos la ocupan.

Así pues, la presencia del hombre produce el encanto de la naturaleza y de su trabajo resulta su belleza; si el hombre no trabaja la tierra, al retirar su mano, todo vuelve a la confusión. Las flores más brillantes le deben su existencia, su creación; sobre la zarza y el espino ha hecho abrir las rosas frescas, perfumadas; antes que el hombre se haya ocupado de ellos, el durazno era amargo y ácido, el peral ofrecía una fruta de carne dura y agria, el manzano se cubría de espinas, el trigo mismo no suministraba sino granos escasos y nada hinchados.

CATINAT.—

Pocos personajes han llevado tan lejos la sencillez como este gran hombre, que fué uno de los generales más hábiles y virtuosos del siglo decimoséptimo.

Después de la victoria de Staffarda

(Piamonte), en 1690, que acababa de adjudicarse, escribió al ministro una relación en la que hacía resaltar los méritos de todos y cada uno de sus subalternos. Uno de los que oyeron la lectura del informe se apresuró a preguntar: «¿Estuvo el mariscal de Catinat en la batalla?».

Al día siguiente, mientras recorría las filas del ejército, felicitando a los regimientos y a sus jefes, sorprendió a un grupo de soldados que jugaban a las quillas para matar el tiempo, y no les permitió dejar el juego para presentarle sus saludos reglamentarios. «¡Continúen, continúen, amigos!». Como demostrara interés, los oficiales le propusieron organizar una partida idéntica, lo que fué aceptado. Trascurrieron así momentos deliciosos para jefes y soldados que se admiraban del espectáculo. Un general al cual acababan de referir el hecho, resistiéndose a creerlo, acudió, picado por la curiosidad, a cerciorarse por sus propios ojos; desconcertado, se

permitió algunas reflexiones. «Es realmente extraordinario que un general comandante de ejército juegue a las quillas al día siguiente de haber ganado una batalla en la que ha perdido dos caballos y recibido una herida en un brazo. — Está Vd. muy equivocado, respondió Catinat, eso sería extraño solo en caso que la batalla se hubiera perdido!».

GUILLERMO TELL (1347).—

El emperador alemán, Alberto de Austria, quería hacer de la Suiza una comarca de sus estados. Se había captado la simpatía de los hombres más influyentes a fuerza de presentes, honores y promesas; y así había conseguido que reconociesen su autoridad.

Hizo construir fortalezas en parajes estratégicos y envió gobernadores con la consigna de tratar duramente a los habitantes para ponerlos en trance de rebelarse, y de este modo tener pretextos

to para mandar tropas a ocupar militarmente todo el país.

Obedeciendo y sobrepasando las órdenes, el gobernador Gessler, de los Cantones de Schwitz y Uri, demostró contra sus enemigos una refinada crueldad y un irritante desprecio.

Se le ocurrió hacer colocar un sombrero en la punta de una pica levantada en medio de la plaza pública de Altorf, con la orden terminante de que todos aquellos que pasasen, debían saludarlo respetuosamente como si fuese el mismo gobernador en persona. Obedeció la gente, con excepción de Guillermo Tell, hombre valeroso e intrépido que gozaba de generales simpatías por su carácter franco y decidido y la nobleza de sus sentimientos.

Tell no consintió en someterse a esa ridícula exigencia. Teniendo que pasar por la plaza, fingió ignorar la orden estúpida y no participó en lo que consideraba una indigna farsa. Los esbirros encargados de hacer cumplir la orden

le observaron su conducta sin conven- cerlo. «No es emblema que yo pueda estimar», replicó Guillermo. Gessler exasperado le mandó comparecer, incre- pándolo duramente. Tell guardó silen- cio absoluto.

El bárbaro gobernador sabía que Tell tenía un hijo muy joven al que amaba entrañablemente; y, con calculada per- versidad, condenó al padre, considerado como el más hábil arquero de la comar- ca, a derribar con una flecha, a cien pa- sos de distancia, una manzana colocada sobre la cabeza del niño. Todos los tes- tigos temblaban e imploraban clemen- cia al tirano. Todo fué vano. «¡Que se me obedezca! de lo contrario perecerán ambos inmediatamente», fué la respues- ta de Gessler.

Tell recomienda calma al niño, colo- ca la manzana sobre su cabaza y eleva una ferviente plegaria al Autor de la vi- da. La emoción se ha apoderado de los asistentes, y aun se trasmite a los que leemos el conmovedor episodio.

La flecha parte y da en el blanco; cae la manzana y el niño corre a abrazar a su padre: «No he tenido miedo, Papá; no llores, no me has tocado».

Poco después la población se sublevó y arrojó a los invasores; el famoso tirano recibió su merecido, y Suiza obtuvo la libertad que continúa disfrutando.

NO DESPRECIEMOS

EL TRABAJO MANUAL

En cualquier situación feliz en que nos encontremos, siempre debemos pensar que nada ni nadie puede darnos la seguridad absoluta de que será duradera. En consecuencia, es preciso que nos acostumbremos al trabajo para llegar a poder prescindir de servicios ajenos; así, podremos estar seguros de que si bien lleguemos a vernos reducidos a la pobreza, no lo estaremos a la dependencia. Y si ese recurso no llega a ser indispensable, habrá servido para preservarnos del temor, para sostener-

nos en cualquier circunstancia y alentarnos a afrontar animosos los reveses de fortuna que podrían amenazarnos. Esto moderará nuestro afán natural de riquezas; no las consideraremos como imprescindibles y no arriesgaremos con ligereza lo que tenemos para tratar de aumentarlo inmoderadamente.

La historia, en sus páginas, nos ofrece innumerables ejemplos de lo que valen y significan las aptitudes para el trabajo.

Veamos el caso de Pedro 1º, zar o emperador de Rusia, (1672 - 1725).

Viendo que su país, a pesar de encontrarse en el siglo XVII, tan famoso por sus progresos, quedaba estacionado en las vías de la civilización, Pedro marchó a Holanda.

Vistiendo el traje de obrero, se alojó en una pequeña aldea de nombre Saardam, recorrió los alrededores, contempló admirado gran número de operarios muy ocupados en construir con orden, exactitud y celeridad numerosos barcos.

Se puso a la obra, manejando el hacha y demás herramientas; luego se hizo inscribir como carpintero. Un poco más tarde, compró un barco para repararlo y modernizarlo. Todos lo estimaban y lo admiraban: llevaba la misma vida que ellos. Lo veían fraguar, construir molinos, torcer cables, fabricar papel, etc.

Durante dos años de una ruda labor fué un compañero tan fraternal, que, cuando quiso volver a Rusia, todos se pusieron a sus órdenes para seguirlo. Se llevó consigo a algunos de sus camaradas; los visitaba muy a menudo, y sus mejores horas de descanso eran las que pasaba al lado del yunque.

Con el producto de su último trabajo realizado en Holanda compró un par de zapatos que conservó largos años; y cuando los llevaba, solía decir con satisfacción: «Estos zapatos, los he ganado con el sudor de mi frente».

CRISTOBAL COLON (1436-1506).—

La naturaleza lo había favorecido en modo muy especial. Su cuerpo era verdaderamente digno de alojar a una alma tan bella. Tenía ojos azules animados de profunda expresión; su porte noble imponía; elocuente, afable y jovial, su compañía era sumamente agradable; sobrio y moderado en todas las cosas, poseía un valor a toda prueba. A pesar de sus largos y numerosos viajes, y de sus estudios del firmamento, jamás había dejado de cultivar las bellas letras; la poesía tenía el poder de consolarlo en los pesares de la vida. Su fe firme fué el secreto de su perseverancia; él sostenía que «es el principio de las cosas grandes».

Su padre que era cardador, envió a Cristóbal a Pavía para que frecuentara la famosa universidad de esa ciudad; el niño cosechó abundantes resultados. Pero su vocación era la navegación, y navegó. Deseoso de saber cada vez más,

quiso ir a Lisboa, primer centro geográfico del orbe. Pronto entró en relaciones de recíproca estima con el sabio cosmógrafo Toscanelli, y le sometió su proyecto, su obsesión de encontrar un pasaje en dirección al Oeste para llegar a las Indias.

Colón estaba al tanto de las exploraciones realizadas; conocía las hazañas y éxitos de los marinos franceses (desde 1364), y de los portugueses (desde 1402); y, entusiasmado con la esperanza de llevar la fe al «Oriente», recorrió la Italia para exponer su proyecto y solicitar auxilio. El senado de Génova lo trató de visionario; la misma acogida recibió en Inglaterra. Portugal quiso robarle el presunto descubrimiento. En 1486, después de haber ofrecido en vano a varias cortes la posesión del nuevo mundo que él iba a descubrir, estaba tan carente de recursos, que se presentó al arzobispo de Toledo y obtuvo que lo recomendara a los soberanos de España. Así, Colón pudo acompañarlos durante

seis años en sus viajes y guerras; pero en el momento de decidir si se le daría ayuda, el jurado de Salamanca, por dos veces, condenó sus teorías, oponiéndole absurdas e inconsistentes razones. Harto de desengaños, estaba dispuesto a pasar a Francia, aunque no le pareciera oportuno ni práctico, cuando consiguió que Isabel lo apoyara y costeara los gastos de la expedición. Era en 1492.

Colón tenía cincuenticinco años, y su proyecto se ponía en ejecución después de dieciocho años de concebido y resuelto en su mente.

El resto es sobrado conocido de los lectores, quienes pueden terminarlo oralmente.

PAN A PRECIO DE LA HARINA.—

Apenas el señor A. había sido elegido Intendente municipal de la ciudad de X, cuando una delegación del sindicato de panaderos se presentó a pedirle permiso para aumentar el precio del

pan, a lo que el intendente contestó prometiendo examinar la solicitud y despacharla en el término de una semana.

El funcionario estudió el asunto, consultó a personas entendidas y llegó al convencimiento de que el negocio de panadería resulta ampliamente remunerativo con solo vender el pan al mismo precio de la harina.

Se disponía a contestar administrativamente la nota de los panaderos, cuando ¡cuál no sería su sorpresa! al encontrar dentro del sobre principal, otro más pequeño, cerrado y lacrado que llevaba esta inscripción: «Para el señor Intendente, únicamente», el cual contenía varios flamantes billetes de banco, de color muy poco conocido de los pobres.

Volvió la delegación en la fecha que se había indicado, muy persuadida del éxito de su gestión, pues calculaba que el dinero habría producido un magnífico efecto persuasivo.

Introducidos en el despacho del in-

tendente, oyeron los panaderos, de labios de éste, el siguiente discurso: «Señores, he pesado en la balanza de la justicia las razones aducidas por Vds. en la entrevista de la semana pasada y en el escrito que dejaron en mi poder. En realidad, si dejara encarecer el pan por motivos no justificados, contribuyendo así a aumentar el malestar y los sufrimientos del pueblo, faltaría gravemente a mis deberes que son precisamente velar a lo menos por el bienestar de la mayoría, ya que no es posible obtener que todos lo alcancen. He distribuído prudente y discretamente entre los hospitales, asilos y otras instituciones de beneficencia el donativo que Vds. me han dejado sin indicarme su aplicación, y aquí tengo los recibos de la inversión, para satisfacción de Vds. Finalmente me complazco en constatar el floreciente estado de su negocio que les permite distribuir limosnas tan crecidas y oportunas.....

CUENTO QUE NO LO ES.—

Corría el año 1884. Un chacarero Y. de Bernal galopaba hacia Buenos Aires, trayendo en el bolsillo el importe del arrendamiento anual de su campo, que representaba para él una importante suma, a fin de entregarlo al propietario del campo.

Aquel año había sido muy ingrato para los que abastecían de legumbres, frutas y otros productos vegetales a los mercados de la capital. En aquella época, más que actualmente, los productos tenían que trabajar rudamente y ganaban muy poco.

Nuestro chacarero llegó, pues, a la casa del patrón, y, después de los saludos de práctica y de una breve conversación sobre asuntos de mutuo interés, se dispuso a abonar el arrendamiento; pero, al echar mano al bolsillo, nuestro hombre palideció. «Perdí el dinero, señor; mi desgracia es irremediable». Su desesperación era tan grande que, sin

oir palabra, se marchó precipitadamente. Su semblante demudado llamaba la atención de cuantos lo veían pasar; y como se le apreciaba por su honradez y laboriosidad, todos inquirían la causa de su pena.

Rápidamente se divulgó la noticia de lo que le había sucedido.

Con diferencia de pocos instantes, un jornalero de 19 años, más o menos, que acudía como de ordinario a su trabajo en una barraca, seguía el mismo camino que el chacarero acababa de recorrer al penetrar en la ciudad, y descubrió y alzó el bulto que contenía el dinero. Al desenvolverlo quedó deslumbrado: jamás sus ojos habían contemplado tantos pesos juntos. Llegado a la barraca, tuvo la prudencia de no hablar de su hallazgo; pero todo el día su espíritu estuvo intranquilo, a tal punto que los compañeros le manifestaron la extrañeza que les causaba la expresión de su rostro, y le refirieron la consternación del chacarero de Bernal. «Pues

eso, precisamente, dijo el joven, es lo que me apena ¡pobre hombre!

Los compañeros del chacarero, enterados ya del asunto, lamentaban la desgracia del colega; en la capital, los clientes, el propietario y aún el mismo intendente, que durante una temporada de huelga, había obtenido de Y. la ayuda más decidida, no obstante el riesgo de experimentar las consiguientes represalias, todos se preocupaban de buscar la manera de sacarlo del atolladero.

El jornalero no pudo resistir hasta la hora de abandonar el trabajo. A eso de las 16 horas fué a ver a su patrón y le dijo: «Necesito ver inmediatamente al intendente municipal». Le refirió su hallazgo. Conducido a la presencia de aquel funcionario, le manifestó: «Tengo la certidumbre de que el verdadero dueño de este dinero es Y.; le ruego al señor Intendente que lo reciba y lo haga llegar lo más pronto posible a ese trabajador honrado que se halla sumido en la mayor aflicción». El intendente agra-

deció y felicitó efusivamente al jornalero por su buena acción, hizo informar a Y. de que el dinero estaba a su disposición. Pocos días después obtuvo un trabajo más remunerativo para el honrado jornalero, cuyo salario diario era en extremo escaso.

UN GRANJERO HONRADO.—

Cerca de Maggiolo, un granjero conocido por su honradez, arrendaba algunas hectáreas de campo del señor P. quien refirió el hecho siguiente:

«En una alquería de mi propiedad vive un trabajador al que todos profesan gran estima. Un día llega mi arrendatario, anunciándome que uno de mis sobrinos acompañado de algunos otros jóvenes, mientras realizaban una cacería, habían echado a perder varias hectáreas sembradas de trigo. Bueno, le dije, haga valuar el perjuicio y se lo indemnizaré. — Son alrededor de cinco cuadras pisoteadas y se puede estimar la pérdi-

da ocasionada en... — ¿Quinientos pesos? — No, Patrón, porque todo no estará perdido. — Bueno, tome cuatrocientos, y asunto concluído.

Unas tres o cuatro semanas después, aparece de nuevo mi inquilino, y por saludo me dice: «Señor, el trigo hollado se ha puesto más lindo aún que el otro, así que le traigo los cuatrocientos pesos»; y al decir esto, los colocó sobre mi escritorio. Me quedé desconcertado en el primer instante, pero, reaccionando, luego, le dije: No me extraña ese proceder que me encanta; así deben ser los hombres. Abrí la caja de hierro, eché dentro el dinero y saqué dos mil pesos que le entregué, diciéndole: «Vd. tiene cinco hijos; haga fructificar ese dinero que yo le regalo. Cuando estén en edad, al entregar su parte a cada uno, no se olvide de explicar en qué circunstancia lo ha recibido Vd.».

CARTA

PARA INVITAR A UNA FIESTA

Querido Emilio,

El próximo domingo, es el cumpleaños de Papá. Con el beneplácito de Mamá y de mis abuelitos, le estoy preparando, con mis hermanos, una gran sorpresa.

Un número del programa consiste en reunir a algunos buenos amigos míos, y cuento con que tendrás la amabilidad de participar de nuestras diversiones.

Espero que tus excelentes padres no tendrán inconveniente en concederte la autorización y que no dejarás tan bella ocasión de complacerme.

Para que no titubees, te envío el programa de los actos del día; su lectura triunfará, lo espero, de las vacilaciones de tus padres y de las tuyas propias.

En primer lugar, un almuerzo que nos dejará satisfechos. Después ofreceremos un ramillete y varios obsequios.

Tú conoces a mis dos primos y a

Ochoa; pues van a participar de un modo especial en nuestra preciosa fiesta. Cantaremos algo que hemos preparado sigilosamente; Roberto tocará el violín y Eduardo el piano. El insuperable cómico Ochoa nos interesará con la recitación de algunos chistosísimos monólogos. Rifaremos varios objetos; los números se distribuirán inmediatamente de sorteados, y deseo que todos mis invitados tengan mucha suerte: hay algunos lotes preciosos, curiosos o encantadores.

Por fin, a las cinco, una merienda campestre, debajo de la glicina, sobre el césped que parece en estos momentos un blando tapiz verde. El teléfono sin hilos, con alto parlante, animará esta última parte de la fiesta.

¿Estás satisfecho? ¿puedo contar contigo? Apresúrate a enviar un sí amistoso a

Tu afmo. amigo y S. S.
Alberto Muñiz

Fecha

UTILIDAD DE LOS PAJAROS.—

Los pájaros que son las aves más pequeñas, prestan inmensos servicios al hombre.

El ruiseñor, el canario, la calandria, el tordo, el zorzal, el mirlo, etcétera, halagan nuestro oído con sus variados y dulces cantos. Algunos, como el faisán y el pavo real, embellecen el paisaje con su hermoso plumaje. El loro y otros nos entretienen con ciertas palabras que alcanzan a pronunciar con bastante perfección. Se ha podido educar al cuervo, al chajá etc., para que hagan de guardianes más seguros y menos sospechosos que los perros.

El buho, la lechuza, etc., llegan a destruir ratones y pequeñas serpientes, cuya vecindad constituye una pesadilla, un temor o un perjuicio.

La mayor parte, fieles aliados de los agricultores, se dedican a cazar toda clase de insectos que constituyen casi ex-

clusivamente su alimentación, y que son eminentemente dañinos; sin este señalado servicio que nos prestan, los insectos no perseguidos harían languidecer la vegetación y acabarían con todos los cultivos.

Ellos nos brindan, además, el ejemplo del trabajo fecundo y perseverante cuando construyen sus admirables y preciosos nidos, y también del amor a los suyos en los cuidados que prodigan a su prole.

Se cuenta que a un rey de Prusia le gustaban muchísimo las cerezas. Nada raro es eso, porque a nosotros también nos gustan mucho cuando son buenas y maduras. Pero este rey había llenado de cerezos de todas clases el parque de su residencia habitual. Los árboles, bien cuidados, habían respondido a las esperanzas del amo.

Después de algunos años, la primavera los cubrió totalmente de flores, como si los hubiera empolvado con un cisne de muy grandes dimensiones. Muchos

pájaros se encargaban de la destrucción de los numerosísimos insectos que vivían de los cerezos.

Llegó el verano, y las frutas abundantísimas empezaron a encantar los ojos y a tentar los paladares.

El rey estaba satisfecho. Pero una clase de pájaros que come insectos solamente cuando no encuentra algo más a su gusto, el gorrión, contemplaba con gran placer esa inmensa cantidad de alimentos succulentos, y congregó a todos sus congéneres de la región para una série de festines. Las cerezas disminuían a medida que iban madurando. Al notar este abuso, el rey, montado en cólera, ordenó que se matara a todos esos salteadores: sus órdenes se cumplieron inmediatamente.

Entonces los insectos, que gozaban de la libertad más completa, comieron el follaje que quedaba y las yemas que debían dar frutas al año siguiente.

En la primavera no hubo flores; al año siguiente, tampoco.

Comprendió el rey que los pájaros son necesarios; pero es menester precaerse contra sus latrocinios.

Los pájaros volvieron a gozar de libertad: los cerezos ostentaron nidos, flores y después frutas. Cuando estas empezaron a madurar, en cada planta fué colocado un espanta-pájaros y los gorriones comieron muy pocas cerezas.

EL PAN.—

Cuando las espigas del trigo han tomado el precioso color del oro, se procede a cortarlas. Después se juntan en gavillas que se amontonan en parvas, para que el grano se estacione, esto es, que acabe de madurar totalmente.

Entonces con máquinas desgranadoras se extraen los granos de las espigas. Hasta no hace muchos años, esta operación era larga y penosa: se efectuaba con trillos.

Se lleva el trigo al molino. Allí, pasa entre ruedas que lo aplastan y lo hacen

caer sobre un tamiz de seda al que imprimen movimientos rápidos. Así pues pasa la harina reducida a un polvo impalpable, y queda separada de la cascarilla o afrecho. Luego se trata de elaborar el pan.

Para elaborar el pan, es indispensable agregar a la totalidad de la harina que se quiere panificar, un poco de «levadura». Esta levadura es un resto de masa guardada desde varios días atrás, la cual se ha puesto agria, es decir, que ha fermentado. Antes de usarla se la diluye en agua tibia, y se la mezcla con un poco de harina. La masa así formada se hincha después de varias horas, y está en condiciones de ser incorporada a la harina que se va a amasar, a la que se debe agregar también una cierta cantidad de sal.

El trabajo de amasar es muy penoso; pero hoy existen máquinas que lo efectúan con perfección, rapidez y más higiénicamente. El panadero divide la masa en pedazos a los que da formas va-

riadas y los coloca en cestillos. Mientras se va calentando el horno, los panecillos colocados en lugar templado, se hinchan por la acción del gas carbónico de la levadura, el que levanta la pasta, la hace porosa, liviana y le comunica olor y sabor agradables.

«El maestro de pala» introduce sucesivamente en el horno todos los panecillos. Pronto la costra toma un color dorado y después de una hora más o menos, el pan está cocido.

Lo retiran del horno y lo dejan enfriar, porque no conviene comerlo caliente.

CARTA DE EXCUSA.—

Mi querido Maestro,

Al llegar a casa, Mamá notó algo extraño en mi semblante y me preguntó cual podía ser la causa. Yo dije que me encontraba muy disgustado a raíz de un incidente conocido de Vd. y de mis

compañeros; se lo conté, agregando que quería escribirle a Vd.

Sí, querido Maestro, soy yo el que dejó caer las bolitas que promovieron el desorden que se transformó luego en tumulto. Todos se echaron a reír y Vd. se vió obligado a mostrarse enérgico para reprimir el escándalo.

Pues bien, mis camaradas son inocentes y no deben ser castigados.

Disculpe Vd. que en el primer momento no haya tenido el valor de decir la verdad, pues no preví las consecuencias posibles de un acto involuntario.

Reconozco pues, que solo yo debo ser castigado del modo que Vd. juzgue más adecuado.

He quedado tan descontento de mi proceder que he tomado la formal resolución de no volver a cometer más travesuras.

Y si desgraciadamente me ocurriese otro caso análogo al de hoy, me creo bas-

tante escarmentado para declararlo en el acto, sin vacilaciones.

Su discípulo que le presenta sus más sinceras disculpas y lo saluda respetuosamente

Adolfo N...

MENTIRA DESCUBIERTA.—

En vez de ayudar en las faenas de la casa o estudiar alguna lección, Víctor prefería matar el tiempo en jugar, y, al efecto, solía salir en busca de amigos o camaradas del vecindario que tenían las mismas inclinaciones.

Un día recibió de un tío un regalo original: media docena de coloquintidas* decorados a fuego, y unos veinte perfectamente esféricos. En pago, se le pedía más obediencia a su mamá y más aplicación al estudio.

A los pocos días desaparecieron sus «mates»; así los llamaba. Como le agra-

* Bien maduros son usados para cebar mate en la Argentina,

daban mucho, se puso inquieto; hasta lloró.

«Mira, hijo, si cumples con lo que tío te ha pedido en compensación, te aseguro que aparecerán, y, en caso contrario, te procuraré otros. Como debo ausentarme esta mañana, voy a dejarte una pequeña tarea: con la pala de madera trasladarás la semilla de lino a la parte libre del piso, a fin de que tome el aire necesario para no conservar humedad; y a la tarde, la volverás a su sitio actual. ¿Me has comprendido? — Sí, Papá».

No había pasado media hora cuando Víctor ya se había juntado con sus inseparables amigos que le pidieron noticias de su bonito juego. Después de algunas palabras cambiadas, se olvidó totalmente de los consejos y de la prescripción paternal. Durante la tarde sucedió lo de siempre.

Cuando volvió el padre, le preguntó a Víctor si se había conducido bien, complaciendo a su Mamá y cumpliendo la

orden de remover el lino. La respuesta fué afirmativa. ¿Y no has encontrado tus colochuántidas? — No, Papá».

El padre lo llevó entonces de la mano hasta el montón de lino, tomó la pala, y al primer movimiento aparecieron varias bochas. «¿Has visto, gran mentiroso, como se descubre tu desobediencia y tu falta de seriedad? Estoy harto de tantas irregularidades; ¡hay que acabar de una vez!».

Durante una semana, Víctor no pudo reunirse con sus amigos; estos quisieron indagar el por qué, y al enterarse, lo hicieron blanco de sus burlas.

Esto y la vigilancia estricta del padre, cambiaron la conducta del niño. Hoy es un hombre serio; ejerce el oficio de albañil y goza de la estima de quien lo trata.

SE CURO VIAJANDO.—

El comerciante Blac se creía seriamente enfermo. Había consultado a di-

versos médicos sin obtener gran éxito. Uno de ellos, sin embargo, el doctor M. le aconsejó que consultase el famoso clínico C.

Este doctor lo revisó minuciosamente y dijo: «La máquina es sólida y puede durar muchos años todavía; pero hay que enaceitarla, y el único profesional capaz de realizar perfectamente la hazaña es el doctor P.; lástima que esté tan lejos. — ¡Ah, sí! he oído hablar de él; debe hallarse en Roma; pues bien, a Roma iré. — Volverá Vd. encantado».

Tomó el primer transatlántico que partía para Europa y llegó a Roma. Un telegrama había enterado a P. del asunto. El doctor P. había salido para París en donde se encontraba desde hacía cinco días.

Con la dirección del doctor, y no queriendo esperar su regreso, Blac tomó el rápido internacional. Al día siguiente se presenta al hotel en que se hospedaba el doctor P., y con gran sorpresa y descontento recibe la noticia de que lo han

llamado urgentemente a Viena. Sin embargo esta noticia, en lugar de desconcertarlo, acrecentó sus esperanzas, pues le confirmó en la idea de que debía ser realmente un médico extraordinario.

De nuevo en viaje, llegó a Viena donde se enteró de que el doctor P. había vuelto a Italia donde debía embarcarse con su familia para regresar a Buenos Aires.

Blac llegó ocho días después y se encontró con los tres doctores M., C. y P.

Los tres constataron que Blac se hallaba gozando de excelente salud, y pudieron convencerlo de esta bella realidad: se había curado viajando.

LOS ELEFANTES.—

Los elefantes son los cuadrúpedos más voluminosos que existen actualmente; viven en las partes cálidas de Asia y de Africa, y prefieren las selvas más espesas.

Patatas informes sostienen su cuerpo

grueso, macizo, rígido. Sus ojos son pequeños con relación a la masa; sus orejas muy amplias y pegadas a la cabeza no contribuyen a darle elegancia alguna.

Lo que más llama la atención en este animal extraordinario, es su nariz, que se alarga más de un metro, y tampoco es graciosa.

Pero el elefante está dotado de una inteligencia sorprendente.

Su trompa tan larga y flexible le sirve de mano; pues, con ella provee a sus necesidades: toma agua, corta hierba u hojas, abre o cierra puertas, deshace nudos de cuerdas, destapa botellas, alza moneditas del suelo, ejecuta, en fin, los mismos actos que el hombre con sus manos.

En varias escuelas de Africa Central, se pasea libremente y desempeña las funciones de mozo de cordel; es goloso como los chicos, y su afición a la miel es tan extraordinaria que el olor lo atrae desde lejos. La miel abunda en el país, y en ciertas épocas del año, la merienda

de los niños suele ser pan untado con ese delicioso producto de las abejas. Entonces, el elefante, amigo de todos los chicos, va del uno al otro, y si tarda en recibir algún bocadito, se atreve a robarlo. Llorra el nene desposeído y golpea al ladrón que se escapa columpiándose y como diciendo: «Bueno, bueno, está bien, lo merezco».

Considerando con un poco de atención a ese animal, salta a la vista que la trompa le es indispensable.

El largo de su cuello no puede ser más reducido, y, por consiguiente, su cabeza no puede llegar al suelo. Cuando tiene sed, llena su trompa, y después bebe como si vaciara una botella. Se alimenta de hierba, pasto, hojas, frutas y granos: no podría procurárselos si no fuera con el auxilio de su trompa.

Otra cosa notable: dos enormes colmillos, llamados defensas, le salen de la boca, de cada lado de la trompa, y van encorvándose suavemente hasta termi-

nar en punta, asustando aún a los animales más feroces.

CARTA AL MAESTRO.—

Muy apreciado Señor Maestro:

Mi hermano Enrique N., su alumno, me pide que le informe a Vd. de que ayer, al llegar a casa, se sintió indispuerto. Al constatar que Enrique seguía con fiebre esta mañana, Mamá me envió en busca del doctor.

La enfermedad no presenta peligro: es una gripe común que requiere dos días de cama.

Enrique dice que le promete a su querido Maestro que se aplicará más para recuperar el tiempo durante el cual habrá estado privado de sus interesantes lecciones.

Aprovecho esta ocasión para asegurarle a Vd., apreciado Señor, la estima que le profesamos todos en esta su casa.

Salúdalo atentamente

S. S. S.
Luis N.

CONTESTACION DEL MAESTRO.—

Al Señor Luis N.:

Muy Señor mío:

Lamento mucho la ausencia de su hermano Enrique. Espero que estará pronto restablecido.

Por otra parte, procuraré dedicarle cuidados especiales durante algunos días, para que sus estudios no sufran a causa de esa pequeña interrupción forzosa.

Saludo a Vd. y Enrique, y ruégole presentar a sus buenos Padres mi respetuosa estima.

Eugenio C.

APLICACION DEL HIERRO.—

Con el oro se fabrican joyas, ornamentos, bordados, monedas, medallas, todas aquellas cosas de las cuales se puede carecer sin por eso dejar de ser feliz.

Pero el hierro es absolutamente indis-

pensable; nuestros instrumentos agrícolas: arados, azadones, azadas, rastras, etc., las herramientas del carpintero, se fabrican con hierro, como también las cerraduras, las poleas, los volantes, los caños, las ruedas dentadas, las locomotoras, etc.

Se encuentra este precioso metal en casi todas las partes del globo terrestre; debe ser considerado como el más útil.

Para obtenerlo, se mezcla su mineral con carbón, colocando estas substancias en capas alternadas en una especie de torre llamada alto horno. Se enciende la capa inferior de carbón, y se activa la intensidad del fuego por medio de corrientes de aire suministradas por fuelles muy poderosos. El mineral se funde y fluye en canaletas preparadas al pie del horno: es el hierro crudo o colado; contiene mucho carbón que lo hace frágil y quebradizo. En hornos especiales se le quita carbón y se lo convierte en varias clases de acero.

LA CORTESIA.—

Se considera a la cortesía como una semi virtud. Sin ella los hombres no podrían vivir en sociedad: una persona instruída y honesta, pero poco cortés, desagradaría a todos. Al contrario, el que posee esa cualidad, se hace querer, porque, en palabras y obras, se empeña en no molestar a nadie.

Y si debemos mostrarnos cultos con todos aquellos a quienes tenemos que tratar, es necesario tomar más precauciones cuando nos dirigimos a gente menos rica que nosotros o a gente de servicio: es entonces que la cortesía se eleva al rango de virtud.

Un amo descortés con sus servidores, un patrón duro con sus empleados, un oficial violento o brutal con sus soldados, observan una conducta vituperable que se puede calificar de cobardía.

OBEDIENCIA.—

Los niños que «obedecen a la simple mirada» de sus padres se verán libres, en el curso de su vida, de infinidad de peligros y dolores. En cambio, al contemplar a un niño díscolo (indócil, travieso), que hace gala de rebeldía y de independencia, piensa uno, con pena, ¿cuál será su porvenir?

¿Quién no habrá experimentado una angustia íntima al leer la crónica de la catástrofe ocurrida en Montreal, donde en el incendio de un cinematógrafo perecieron más de setenta niños de siete a once años?

Si aquellos niños hubiesen estado acostumbrados a obedecer, no habrían sido víctimas del fuego, porque hubo tiempo para que se salvaran todos; pero hubiera sido necesario que la disciplina dominara al terror. Una persona enérgica y serena, ordenando la salida

por riguroso turno, habría podido salvar a tantos inocentes.

Roxana

Recordaré ahora un hecho bien conocido, y que tal vez interese más que el anterior: es el salvataje de sus hijos, realizado por Carlos Rohl, en el incendio que estalló a bordo del vapor América, durante la travesía de Buenos Aires a Montevideo.

En medio del pánico que infundía la proximidad de las llamas, este señor ordenó a su hijo mayor, de once años de edad, que cuidara de sus hermanos mientras él se arrojaba al agua, provisto de un salvavidas. Hecho esto, el muchacho debía sucesivamente pasar por encima de la borda a cada uno de sus hermanitos y dejarlos caer en manos del padre que pensaba poder sostenerse a flote. Así hizo el mayor; y, por fin, ejecutando fielmente las órdenes, se tiró él mismo al agua.

Todos juntos se salvaron, y eso, lo ob-

tuvieron por «haber sido obedientes».

Esta enseñanza debe ser el evangelio de los niños.

EL RELATO DE UN EXPLORADOR.—

Conocimos en Lomas de Zamora a un tal Pilón. Era un consumado jinete, comparable a los mejores de nuestras estancias, excelente tirador y cazador habilísimo, todos los deportes le eran conocidos, poseedor de una instrucción bastante completa, avezado a bastarse a sí mismo en todas las circunstancias.

No obstante ese bello conjunto de dotes, adolecía de impaciencia, brusquedad y vanidad sobre todo. Esta última le jugó una mala pasada, contada por él mismo.

En 1906, el gobierno francés le ofreció algo muy en armonía con sus gustos y pretensiones: volver a Francia, recibir las instrucciones necesarias para atravesar el Africa de Oeste a Este en época en que otros exploradores no lo

habían efectuado todavía. Pílon, encantado al verse honrado con semejante misión de confianza, partió casi inmediatamente, con un solo pesar: tenía que dejar su caballo y su perro, ambos perfectamente adiestrados.

«Yo debía recorrer a pie una larga distancia en una región casi desierta. Me había hospedado en la casita de un francés radicado desde varios años atrás en el Congo, y que gozaba de situación desahogada. Después de haber conversado amablemente durante largo rato, le expuse mis proyectos y, en particular, mi excursión para el día siguiente. Prometió darme por guía a uno de sus hijos. Al amanecer partimos.

La marcha aguzó rápidamente mi apetito, el calor me abrumó y el mal humor se apoderó de mí. Me parecía que tardábamos excesivamente en llegar al punto que me había propuesto alcanzar, y que, según mis planos, no podía distar tanto. Me la tomé con mi guía: él se había perdido, no conocía bien la di-

rección, no tenía las piernas bastante largas, etc. El muchacho, inteligente, despejado, más instruído de lo que yo me imaginaba, cansado de oír mi letanía de reproches, empezó a contestarme con una calma y una filosofía que me admiraron. — ¿No podríamos acortar nuestra ruta tomando a través de aquellos campos? dije esponjándome. — Vd. sin duda, lo piensa perfectamente; es cierto que acortaríamos el recorrido, mas estaríamos expuestos a algún percance muy desagradable. — ¿Y cuál es, señorito sabio? — Durante esta época del año, las fieras de la región abandonan sus selvas y montañas para devastar el país. Para asustarlas, las autoridades mandan cavar fosos hondos recubiertos de ramas delgadas, todo hábilmente disimulado. Cuando un animal cae, es un escarmiento para los demás; y nosotros también podríamos... — Calla, ¿caer yo en una trampa para fieras? eso está bueno para tí, un chiquillo sin fuerzas ni coraje. Vamos, vamos; cortemos

y lleguemos cuanto antes. — Vd. ordena; pues bien: desde ese momento es Vd. el guía y el responsable.—¿Me estás amenazando? — No, señor».

Nos arriesgamos entonces silenciosamente en la dirección que yo imponía. Repentinamente, sin tiempo para darme cuenta, caí, asiéndome instintivamente del chico que yo arrastré conmigo, al fondo de una trampa preparada para animales bravíos y no para exploradores experimentados. Se había realizado la predicción de mi guía; por suerte, ninguna fiera había caído antes: el pensarlo me reanimó. Por otra parte, yo no sentía malestar alguno, salvo la sensación de un leve golpe producido por la caída del muchacho sobre mí. «Vd. se burla de que no soy ni fuerte ni alto; dé gracias a Dios, porque, de lo contrario, hubiera sufrido contusiones dolorosas».

Vuelto en mí, después de reflexionar y examinar el lugar, mi situación no me pareció brillante, y volví a refunfu-

ñar contra todo, y naturalmente contra el chico: «Tú tienes la culpa, canalla. — Al contrario, señor, yo le había advertido... — Calla; no sé por qué no te castigo. — ¿Y qué ganaría con ello? — Nuestra situación es lamentable. — Puede hacerse peor. — ¿Por qué? ¿cómo? — Dios mío, si algún cuadrúpedo viniese a este sitio que le ha sido preparado... — Calla; eres un profeta de desgracias; debemos pensar en salir de aquí. Nadie va a andar por este sitio; gritar es tiempo perdido; esta maldita trampa es de una profundidad desesperante; en vano intentaría trepar por sus paredes talladas a pico». Ensayé varias veces, rodando al fondo más encolerizado que antes. — «Doctor Pilón, no podría Vd. subir sobre mis espaldas. — Claro, te aplastaría. — Mas, yo podría subir sobre las tuyas. — ¡Ah, pícaro! ¿con qué fin? — Si me alza bastante para que yo pueda asirme de las hierbas del borde, podré salir. — Así que ¿tú me dejarías acá, sólo, como el zorro abandonó al

chivo su salvador? — Sí, por un momento solamente. Correría a la localidad vecina pidiendo auxilio. — Bueno ¡hop! salta, y haz como has dicho, ¡rápido!».

En un santiamén mi compañero estuvo fuera. Entonces, inclinándose: «Adiós, señor Pilón. — ¿Cómo, adiós? — Si yo hiciera como el zorro de la fábula a que acaba Vd. de hacer alusión... — No se te ocurra ¡miserable! — Cállese, señor, no soy tan perverso como Vd. lo piensa; pronto voy a estar de vuelta; deploro solamente que los minutos le van a parecer horas».

Volvió con más rapidez de lo que podía imaginar. Salimos y regresamos a la casa de mi connacional en donde escribo estas líneas. Se las leo al chico que me pide agregue: «El hombre de genio, por más sabio y poderoso que se crea, a menudo tendrá que utilizar la ayuda de los más débiles y pequeños».

Y ahí vá, para que los presuntuosos escarmienten en cabeza ajena.

LOS ASTROS.—

Los cuerpos celestes o astros son aquellos puntos más o menos luminosos que, durante las bellas y claras noches, divisamos en el firmamento. Unos han recibido el nombre de «estrellas»: parecen conservar entre sí las mismas distancias y poseen luz propia que centellea; los astros, llamados «planetas», palabra que significa «opaco», reciben la luz del sol y la reflejan hacia nosotros como lo hace un espejo; no centellean porque no tienen luz propia, y están dotados de un movimiento particular que les obliga a cambiar constantemente de posición.

La tierra es un planeta, y como tal está sujeta a dos movimientos: uno de rotación y otro de traslación. Un trompo efectúa rotaciones y se queda en el mismo punto; las ruedas de una fábrica

también; pero un cilindro que se hace rodar en la calle o sobre la tierra, posee además de un movimiento de rotación alrededor de su eje, otro de traslación o de desplazamiento.

La tierra emplea 23 horas 56 minutos para cumplir una rotación completa, y 1 año 5 horas 49 minutos para efectuar una revolución total alrededor del sol y volver al mismo punto del espacio, con respecto de éste y de las demás estrellas.

LO QUE ENSEÑA UN CARACOL.—

El niño Bernardo, sentado sobre un escalón de la galería de la casa en que vivía su familia, tenía en la mano un libro, pero su pensamiento estaba bien distante de su lectura. Se hallaba muy afligido y lloraba cuando entró la dueña de la casa.

—«¿Qué te pasa, amiguito? — Señora, tenemos que estudiar un trozo; aquel que lo recite mejor será premiado, y el

que no lo sepa será castigado; pienso no poder aprenderlo. — ¿Por qué? — Todos mis compañeros dicen que es inútil que yo ensaye. — No los creas, y hazles ver que tú puedes competir con ellos. — Pero, señora, es largo, contiene palabras difíciles que no puedo retener. La recompensa será para otro; no obstante, quisiera aprender esta lección para que los muchachos dejen de burlarse de mí y no me vuelvan a llamar «tortuga». — Querido, si tú eres lento para aprender las lecciones, la culpa no es tuya. Así mismo puedes llegar. Mira este caracol que camina por la pared; con que lentitud avanza. Parece que no se mueve; sin embargo, obsérvalo algunos minutos y verás cómo avanza: sigue su ejemplo. Desde ahora, trata de saber una frase; después estudia otra; y cuando hayas estudiado un párrafo por frases, lo vuelves a estudiar en su totalidad. Si cada día repites este trabajo, obtendrás la recompensa y te impondrás a los otros chicos. No hay que desmayar: ten pre-

sente al caracol; mira, ya llegó arriba».

La señora se alejó. Cuando Bernardo quedó solo, pensó que si le era difícil luchar con sus camaradas, él podría, por lo menos, imitar al caracol, yendo despacio, sin desalentarse.

Comenzó a aprender como se le había dicho; con satisfacción se dió cuenta de que ya sabía un párrafo, a tal punto que, en vez de descansar, quiso estudiar otro.

Llegado el día fijado, después de otros cinco alumnos, le tocó el turno a Bernardo. Se levantó, acogido por las risas de los demás, todos convencidos de que no sabría más que una frase. No tardaron en constatar que esta vez su compañero sabía todo y bien. El corazón del pobre chico latía fuertemente al oír el Maestro que le decía: «¡Muy bien, muy bien, Bernardo!»

Terminada la prueba, el Maestro lo proclamó primero, y todos lo aplaudieron.

—«Ahora, dígame, Bernardo ¿cómo ha

procedido para aprender este trozo? — ¡Ah! Señor, un caracol que caminaba por la pared me indicó el método». Esas palabras provocaron un estallido de risas; pero el Maestro impuso silencio: «No se rían; mucho puede aprenderse de un caracol. ¿Y qué le ha enseñado este caracol? — Señor, un caracol subía la pared frente a mi casa; iba muy lentamente, mas sin parar ni retroceder; subía, subía. Una respetable señora, la dueña de casa, que entraba mientras yo estudiaba la larga y difícil lección, me hizo observar a ese animalito, y me aconsejó imitarlo. Desde ese día, he estudiado sin detenerme, y, como el caracol, he alcanzado la meta. — Muy bien, muy bien, Bernardo. Un aplauso a vuestro compañero. — ¡Viva Bernardo, viva el caracol!».

Los condiscípulos parecían encantados, y toda la escuela también.

EL ALUMBRADO.—

Para combatir la obscuridad, los primeros hombres se alumbraban quemando grasa de los animales o ramas de árboles resinosos dispuestos en antorchas.

Los Egipcios usaban la cera y el aceite; como la primera era cara, dominó el segundo.

Las lámparas no se perfeccionaron; llegaron a ser objetos elegantes, artísticos; pero la luz se obtenía siempre sumergiendo en el aceite una mecha de hilo o de médula de saúco o de junco. En ciertas aldeas o villorios apartados, están todavía en uso.

Las velas de sebo aparecieron en el siglo XI; las más renombradas se fabricaban en «Bugie». Las bujías, a causa de su precio elevado, se usaban en los palacios de los ricos y en las iglesias.

Ha sido necesario esperar que en el siglo XIX, Chevreul (1786-1889) y Gay Lussac, pusieran en boga las bujías esteáricas. En 1831 todos se querían dar

el lujo de la luz de las famosas velas esteáricas de la «estrella». En todas las casas las hay para hacer frente a alguna interrupción posible de la corriente eléctrica.

Durante el siglo pasado, también Argant inventó la lámpara Quinquet* con mecha cilíndrica; Cárcel le agregó el tubo de vidrio; se le añadió después un resorte «moderador» o «regulador», dotándonos así de un alumbrado doméstico perfecto.

En seguida apareció el petróleo que destronó al aceite, utilizando el quinquet Cárcel que sigue todavía triunfante en lugares apartados.

En 1798, Lebón hizo conocer la luz del gas; los progresos continuos que la ciencia ha aportado a los sistemas de hacerla más apta a sus fines, le asignan un puesto distinguido entre los demás.

Hoy, el resplandor de la brillante luz

* Argant fué el inventor: Quinquet le dió su nombre.
De igual modo, Colón descubrió América, y Américo Vespucio le dió su nombre.

eléctrica, por arco o incandescencia, se ha impuesto en todos los grandes centros.

El acetileno produce una bellísima luz blanca y económica; pero no goza del favor de la electricidad; porque esta última se usa en el hogar con más comodidad y facilidad.

Sea lo que fuere, la luz artificial, por maravillosa que la encuentren, no puede tener sobre nuestra vista una influencia tan benigna como la del sol; por consiguiente, se impone usar de ella solo en caso de necesidad.

EL PASTOR.—

Una hermosa tarde del mes de septiembre estaba Chucho tendido en el prado, sobre la mullida hierba, contemplando la puesta del sol mientras pacían las ovejas, cuando una voz áspera y desagradable, que le llamaba desde lejos, le sacó de su contemplación. Se puso de pie, y reconociendo al recién lle-

gado, que era el hijo del marqués de X, su amo, corrió a su encuentro.

—¿Qué se le ofrece, señor? — dijo respetuosamente con la gorra en la mano.

—Quiero, repuso el interrogado, que vayas al castillo y digas que me traigan un caballo y cualquier cosa qué comer.

Chucho se rascó las orejas, miró las puntas de sus zapatos, y dando vueltas a la gorra entre el pulgar y el índice de ambas manos, repuso con timidez:

—No puedo dejar las ovejas; se pueden descarriar, y a estas horas es muy peligroso; la noche se viene encima, y si aparece el lobo me mata unas cuantas en un santiamén.

—¿Y a tí qué te importa, si no son tuyas? La pérdida no arruinará al amo.

—Se equivoca, me importa más que si fueran mías, porque para eso me han encargado que las guarde.

—Bueno; pues vete a lo que te mando, que yo me quedaré en tu puesto.

—No sirve usted, porque las ovejas

no conocen su voz, y aunque las llamasen no vendrían.

—Mira, no me desesperes; toma este dinero y aprieta a correr, si no quieres que te rompa un hueso.

—Pégume si quiere; pero yo no dejo el rebaño, ni tomo dinero para faltar a mi obligación; eso sería robar al amo, que me paga para que no me mueva de aquí.

—Bueno, pues prepárate; se lo diré a mi padre y te despedirá.

—Sea lo que Dios quiera; si me despide por obedecer sus órdenes, me iré tranquilo y en otra casa encontraré trabajo.

El galope de un caballo cortó el diálogo. Era el Bonito, montado por un peón que venía a buscar al marquesito.

Al día siguiente Chucho recibió orden de subir al castillo; el señor marqués deseaba hablar con él. El pobre chico se presentó temblando, y con voz entrecortada refirió lo ocurrido la víspera.

El buen comportamiento siempre tiene recompensa, y el terror de Chucho se trocó bien pronto en una alegría sin límites cuando oyó a su amo disponer que le emplearan en la huerta, dejándole libres las horas de ir a la escuela.

Al cabo de unos cuantos años, Chucho era conocido por D. José el administrador del castillo, el servidor más fiel y el amigo más leal del marquesito.

EL TENER DEMASIADO ES CAUSA DE PESARES.—

En cierta ocasión, pedía a Franklin una madre, le explicara cómo es que las grandes riquezas aparejan de ordinario sensibles contrariedades y desengaños.

El moralista quedó un momento en silencio; pero viendo una canasta colmada de manzanas, tomó una de ellas y se la dió a un niño que se encontraba allí presente, el cual la recibió con mucho agrado. La manzana era de gran

tamaño y el niño apenas la podía sostener con su manecita.

En seguida Franklin lo obsequió con una segunda manzana que el niño aceptó, dando muestras de extraordinaria alegría, mientras la tomaba con la mano que le quedaba libre.

Franklin le ofreció luego una tercera que el niño, aún cuando lo intentó, no pudo conservar, y que rodó por el suelo en tanto que aquel se echaba a llorar.

Entonces Franklin, volviéndose a la madre, le dijo: «Este niño llora porque tiene excesiva riqueza y se ve en imposibilidad de disfrutarla toda entera. Mientras tuvo dos manzanas, se sentía muy feliz; ahora tiene tres y es desgraciado.

EL SARGENTO CABRAL.—

Después de la Revolución de Mayo, los Argentinos estaban empeñados en una recia lucha con los realistas españoles.

Estos, para proveerse de víveres, hacían frecuentes incursiones por los ríos Paraná y Uruguay, saqueando las poblaciones de la ribera.

Conociendo el gobierno de Buenos Aires que los Españoles en número de doscientos cincuenta hombres se preparaban para realizar en once buques una de estas acostumbradas incursiones por el río Paraná, dió orden a San Martín, entonces coronel, para que con ciento veinte de sus bizarros granaderos los esperasen, espada en mano, detrás del convento de San Lorenzo.

Así esperaba el pequeño ejército de San Martín cuando desembocaron los Españoles en San Lorenzo, y, confiados, emprendieron la marcha hacia el convento, a tambor batiente. Salen entonces de su escondite los granaderos montados en sus briosos caballos y caen como un rayo sobre los desprevenidos españoles: defiéndense éstos con denuedo, ponen en juego su artillería, logrando alcanzar con una bala de cañón al

caballo que montaba San Martín. Desplómase al suelo el animal, apretando al caer la pierna del general, quien quedó impelido y sin defensa. Ya acometían contra él varios soldados españoles haciéndole blanco de sus lanzas, cuando un decidido granadero acude en defensa de su jefe, lo libra con gran esfuerzo del peso del caballo y le defiende de los golpes enemigos. Todo fué cosa de segundos. Mientras el jefe queda libre y sano, dos golpes mortales habían alcanzado al valiente soldado que a las dos horas expiraba exclamando: «Muerdo contento, hemos batido al enemigo».

El intrépido que había caído tan heroicamente era el «Sargento Cabral».

Los compañeros reconociendo su abnegación, le dedicaron un escudo con la leyenda: «Al soldado Juan Bautista Cabral, muerto en la acción de San Lorenzo el 3 de Febrero de 1813».

LOS INSECTOS.—

La abeja posee en la extremidad del abdomen un aguijón peligroso. Este insecto tiene la boca provista de una trompita que le permite extraer el néctar de las flores. Fabrica la cera que dispone en células exagonales de una perfección rara, para depositar la miel.

En otra lectura se habla del gusano de seda, otro insecto muy útil.

¿Quién no ha visto una «coccinela», vulgarmente llamada vaquita de San Antón o mariquita? tiene la apariencia de un minúsculo hemisferio bermellón; se alimenta exclusivamente de los pulgones de las plantas.

El cárabo dorado hace una guerra sin tregua a los insectos dañinos de tamaño inferior al suyo.

La cochinilla vive sobre el nopal, planta de los trópicos; de este insecto se saca el hermoso color carmín; los progresos de la industria moderna nos su-

ministran ese color también, pero no resulta tan hermoso y duradero.

Entre los insectos dañinos, se pueden citar: las orugas, las langostas voladoras o saltonas, las mariposas, los gorgojos, las polillas, los toritos, las chinches, los pirales, los taladros, las filoxeras, las hormigas, las avispas, los mosquitos, las cigarras, los grillos.

LA SOCIEDAD, LAS CONDICIONES, LOS OFICIOS.—

En la sociedad, todos trabajamos los unos para los otros.

En efecto, el zapatero cose nuestros calzados; el cultivador siembra nuestro trigo; el panadero prepara nuestro pan; el tejedor y el sastre confeccionan nuestros vestidos; el albañil, el carpintero, etc., construyen nuestras casas; el ebanista labra nuestros muebles; el sabio almacena el alimento que sustentará nuestro espíritu; las autoridades aseguran la ejecución de las leyes que prote-

gen nuestros intereses; los soldados cuidan nuestra seguridad e independenciam; cada uno puede decir: «Trabajo para todos, y todos trabajan para mí».

Existen condiciones distintas en el mundo, y cualquier hombre que trabaja es útil a la sociedad.

Los obreros que trabajan con sus manos son: los herreros, que dan forma al hierro; los mineros, que excavan las entrañas de la tierra; los leñadores, que derriban los árboles; los labriegos, que cultivan el suelo; la legión de operarios que construyen una casa.

Existen también los fabricantes, los mercaderes, los comerciantes: almaceneros, ferreteros, merceros, modistas, sombrereros, carniceros, pasteleros, confiteros, peluqueros, relojeros, boticarios, fotógrafos, librerios, grabadores, impresores, encuadernadores, floristas, etc., etc.

Se puede agregar: los magistrados, que administran y gobiernan el país; los jueces, los médicos, los profesores, los alumnos, etc.

El arquitecto estudia el terreno, levanta un croquis, dibuja los planos con todos los detalles, calcula el presupuesto, dirige y vigila a los empresarios. Luego aparecen sucesivamente los peones, que cavan los cimientos; los albañiles que disponen los ladrillos o las piedras en capas regulares, unidas mediante la mezcla. Además se ven: los picapedreros, los carpinteros, los hojalateros, los plomeros, los escultores, los marmoleros, los yeseros, los colocadores de pisos, de mayólicas; los vidrieros, los pintores, los decoradores, los cerrajeros, los electricistas, los tapiceros.

CARTERA PERDIDA.—

Uno de los últimos príncipes de Mónaco se había conquistado la estima de todos, por su espíritu de justicia y por la afabilidad de sus maneras.

Solía dar audiencia a todo su minúsculo pueblo.

Un día llega precipitadamente un cam-

pesino. — «¿Qué te pasa, Francisco? — He encontrado una cartera con bastante dinero. — ¡Qué suerte! te felicito. — Muchas gracias; pero el señor C. ha hecho publicar que, dada la proverbial honradez de los habitantes de la comarca, no dudaba un momento de que, en caso de ser encontrada, le sería devuelta con su contenido íntegro. Sin embargo, ofrecía gratificar con cincuenta francos al que realizara la restitución. Como la descripción y la cantidad correspondían a lo encontrado, fuí a entregársela. Me la tomó de mala manera, contó el dinero y, en lugar del premio, me amenazó con golpearme; por esta causa vengo a quejarme a su Alteza. — Que me traigan inmediatamente al señor C. ¿Será posible que un hombre tan rico haya podido proceder de tal modo?

Pronto llegó C. El príncipe le dijo, contestando a su saludo: «Siento molestarlo. Si no está en mí poder obligar a un hombre rico a ser generoso, deseo y trato de hacerlo justo. Entregue Vd.

a este hombre los cincuenta francos prometidos que le acaba de rehusar. — Yo no le dí ese dinero, porque él se ha cobrado de antemano esa cantidad; he anunciado que contenía tres mil francos, mientras que, en realidad, contenía tres mil cincuenta. — Nada se gana con mentir. A ver esa cartera... Son tres mil y nada más. El campesino es honrado; no ha sacado dinero de la cartera; la de Vd. contenía tres mil cincuenta, y esta no contiene sino tres mil; hay por consiguiente un error. — Escucha, Francisco, no te alteres, te he dicho que guardes silencio, y me has obedecido; he visto que tu rostro mudaba de color. Esta cartera contiene tres mil francos, mas la del señor C. contenía tres mil cincuenta; te la doy pues en custodia hasta que su legítimo propietario la reclame y justifique ante mí que es suya».

C. se retiró cabizbajo. No se sabe oficialmente como concluyó el asunto.

HEROE DE DIEZ AÑOS.—

Roberto tiene diez años. En vez de concurrir a la escuela, prefería vagar por los alrededores del barrio; pero, felizmente, tiene pocos imitadores y colaboradores.

Un día en que desde el puente contemplaba el agua del río que atraviesa la localidad, se le ocurrió el capricho de ir hasta la orilla y lanzar lo más horizontalmente posible algunos guijarros que solían tocar la superficie del agua dos, tres y hasta cuatro veces. Se entretuvo bastante tiempo en ese ejercicio; extrañaba solamente no ver los círculos que había notado cuando otros chicos se entretenían de igual manera sobre los lagos artificiales de la gran ciudad.

Mientras estaba reflexionando así, llegó un niño más pequeño. Había mirado a Roberto; se acercó para imitarlo, pero con tal torpeza que se deslizó en el río, y la corriente empezó a llevár-

selo. Roberto, buen nadador, sin detenerse a pensar en el peligro, se precipitó al agua. Dos veces se sumergió, asíó al chico y lo trajo a la orilla.

Varias personas habían presenciado esa escena, pues los gritos habían congregado buen número de espectadores; todos aplauden al valiente salvador; todos quieren saber su nombre. «¡Mi nombre! ¿y para qué? ¿Para ir a contar a Papá que he venido a hacer travesuras cerca del río, en vez de ir a la escuela, y para que, al llegar a casa, me aplique una buena corrección? Muchas gracias».

Y poniendo su cartera bajo el brazo, tomó las de Villadiego con la velocidad de una liebre.

EL AGUA.—

Habría muchísimo que decir acerca del agua.

En el hogar es indispensable, porque a cada instante se necesita de ella. En

la cocina sirve para la preparación de casi todos los alimentos: caldos, sopas, café, té, dulces, etc. Es la bebida más sana y la que mejor apaga la sed.

Es un agente higiénico universal: para el aseo personal, el lavado de la ropa, la limpieza de los pisos y de mil objetos y utensilios.

Sin agua no puede haber higiene ni, por lo tanto, salud.

También hay aguas minerales que gozan de propiedades curativas; las hay asimismo termales para baños y tratamiento de ciertas enfermedades.

El agua proporciona a la agricultura algo más que servicios; ella le es absolutamente necesaria para la fertilización de los campos, la germinación de las simientes, la conservación y crecimiento de las plantas.

La lluvia en muchas partes cae en cantidad suficiente para que prosperen cereales, viñas, frutales, hortalizas, flores y praderas; pero en otras es necesario de aumentar o suplir su benéfica in-

fluencia, artificialmente con riegos o regadíos. Las provincias andinas de la República Argentina, gracias a este último adelanto, obtienen, en terrenos antes áridos y estériles, productos variados y abundantes que son causa de su propia riqueza y de la de todo el país.

El agua es absolutamente indispensable para desarrollar y mantener la vida de los seres vivientes.

Los ríos y los mares se hallan surcados por innumerables barcos que llevan enormes cargamentos de los artículos que abundan en un lugar a otro donde escasean.

El agua hace rodar la rueda mayor de los molinos y talleres. En el estado de vapor posee una fuerza motriz incalculable, cuya utilización en estos últimos años ha cambiado verdaderamente la faz de nuestro globo.

El agua corre hacia el mar y se pierde en su inmensidad; calentada por el sol, sube a los espacios en el estado de vapor en cantidad considerable, para

formar las nubes. Esas nubes se condensan después por la acción del frío que reina en las partes de la atmósfera alejadas de la superficie de nuestro globo, para caer en forma de lluvia o nieve sobre la misma tierra, regándola, alimentando los manantiales, formando los ríos que conducen de nuevo el agua al mar: es la realización del movimiento perpetuo, ese problema difícil que los hombres no han podido resolver hasta ahora.



LL
1929
BEA